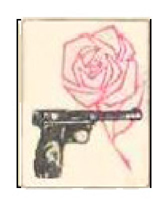


Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Ciudad del Vaticano

Unos canallas muy bien organizados deciden secuestrar en el aeropuerto romano de Fiumicino un avión con más de sesenta pasajeros y amenazar con el asesinato de todos ellos si el Vaticano no entrega sus tesoros secretos, que son incalculables. Como agresión paralela se apoderan de la Ciudad del Vaticano y retienen secuestrado al Papa. Casualmente, Brigitte se encuentra en Fiumicino cuando esto sucede, y, claro está, toma sus propias medidas sobre el caso… ¿Podéis creer que en el Vaticano hay secretos mucho más impresionantes y peligrosos que sus tesoros?



Lou Carrigan

Ciudad del Vaticano

Brigitte en acción - 458

ePub r1.1
Titivillus 17.12.2017

Lou Carrigan, 1990
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Brigitte
EN ACCION



Capítulo primero

Cuando el avión tomó tierra en el aeropuerto de Fiumicino, Brigitte todavía creía sentir en sus labios los de Número Uno, y, sobre todo, más allá del placentero contacto físico tan amado, el aliento de él penetrando en su cuerpo, como formando parte de éste, de su propia vida…

Reaccionó cuando vio moverse al resto de los pasajeros. Se liberó del cinturón de seguridad, y recogió su veraniega chaqueta de algodón y el maletín rojo con florecillas azules. Por un momento pensó que debía haber colocado el maletín en una de sus maletas, en lugar de llevarlo personalmente, como siempre. Bueno era vivir prevenido, pero a veces ella exageraba. A fin de cuentas, ¿qué podía suceder en el vuelo La Valletta-Roma?

Nada.

Absolutamente nada.

En realidad, lo único que había sucedido durante aquel vuelo había sido que su nostalgia por Número Uno se había acrecentado. Después de lo sucedido en la isla de San Andrés[1] los dos habían decidido pasar juntos unos días en Villa Tartaruga, en lugar de regresar a Acapulco, donde los había encontrado pocos días antes la CIA para pedirle a Brigitte que interviniera en el caso del secuestro del barco *Blackstar*… Y después de pasar juntos aquellos días, la separación se había hecho más dolorosa que otras veces.

—Deberíamos tomar una decisión —había dicho Número Uno.

—¿Cuál decisión?

—Cada día nos resulta más duro separarnos, y tú lo sabes.

—Sí —había tenido que admitir ella—, pero no te imagino viviendo en Nueva York.

—¿Por qué no?

—Bueno, mi amor, una cosa es que vengas allá a pasar unos días y otra cosa muy diferente es que te quedases a vivir allí para

siempre. Creo que no podrías.

—¿Por qué no? —insistió él.

—¿Lo harías? ¿Podrías?

—Brigitte, a mí no me importa dónde estoy, sino con quién estoy. Si estoy contigo lo mismo me da Nueva York que Malta o cualquier otro lugar del mundo. ¿Acaso tú no podrías vivir para siempre conmigo aquí, en Villa Tartaruga?

—¿Para siempre? La verdad, no lo sé.

—De acuerdo, no pretendo equiparar La Valetta a Nueva York, sería injusto, especialmente para ti, que siempre has vivido allí. Toda tu vida y tus recuerdos de infancia están en Nueva York. Pues muy bien: cualquier día aparezco allí para quedarme.

—No soportarías vivir en un apartamento —rió Brigitte.

—¿Y por qué hemos de vivir siempre en un apartamento, aunque sea tan grande y confortable como el tuyo? Los dos tenemos tanto dinero que nunca sé los millones de dólares que tengo.

—No hay muchas personas que puedan decir eso.

—Nosotros podemos. Y no me avergüenzo de tener tanto dinero. Lo he ganado jugándome la vida, cosa que no todo el mundo hace.

—Tienes razón —suspiró ella—… Pero si seguimos conversando no llegaré a tiempo de tomar el avión en Luqa.

—Piénsalo: podemos comprar una casa en la Quinta Avenida, o en Park Avenue, o en Long Island… Donde tú quieras.

—Lo pensaré. Pero descarta Park Avenue —Brigitte volvió a reír —: ¡desde que leí la novela de Harold Robbins sobre aquellas putitas en Park Avenue decidí que jamás viviría allí! ¡Y ni siquiera me gusta Harold Robbins!

Él la había besado. No sabía si le gustaban más sus besos de amor quieto o de amor apasionado. Eran besos distintos, a cuál más hermoso, a cuál más hondo. Podían hablar muy seriamente o riendo, pero ambos sabían que se había suscitado una cuestión que estaba pendiente hacía mucho tiempo…, y que un día u otro tendría que resolverse, ya que no iban a pasarse el resto de sus vidas viviendo uno en Malta y la otra en Nueva York…

Hacía calor en Fiumicino, y esto hizo comprender a Brigitte que si iba a Roma todavía tendría más calor. Y una cosa era tener calor de estar tomando el sol junto a una piscina en el silencio florido de un jardín y otra cosa meterse en el horno que era Roma en verano.

¿Y si en lugar de hacer el vuelo Roma-Lisboa-Nueva York cambiaba su pasaje para hacer el vuelo Roma-París-Nueva York? Eso podía ahorrarle calor, tiempo y molestias, de modo que decidió intentar el cambio de pasaje, y se dirigió a las oficinas de Alitalia en Fiumicino, es decir, en el aeropuerto Leonardo da Vinci. Pese a la buena voluntad de la azafata de servicios no hubo manera de cambiar el pasaje, el ordenador no disponía de esa posibilidad. Pero, como siempre, Brigitte encontró una solución: devolvió el pasaje adquirido en Luqa, perdiendo unos dólares, y adquirió un pasaje Roma-París-Nueva York; el que no arregla las cosas es porque no quiere.

El avión hacia París no saldría hasta dos horas y pico más tarde, así que Brigitte compró varios periódicos y revistas, ocupó una de las butacas en la sala de espera, y se dispuso a ponerse al corriente de los acontecimientos mundiales. No estaba bien que una periodista profesional se desconectase del acontecer internacional.

Ah, caramba, los Mundiales de Fútbol en México. Frank Minello debía de estar allí, cubriendo la noticia para la Sección Deportiva del Morning News. Santo cielo, ¿cuánto hacía que Frankie le había traído a Cicero, el perrillo chihuahua, desde México, cuando el anterior campeonato de fútbol celebrado allí? Hacía siglos. Siglos y siglos. ¡Qué extrañamente larga y a la vez extrañamente corta es la vida! Si a uno le dicen: dentro de veinte años te regalaré un millón de dólares, ni siquiera hace caso, porque esos veinte años parece que van a tardar una eternidad en transcurrir; sin embargo, un día, de pronto, uno se da cuenta de que han pasado los veinte años, y entonces ese tiempo, todos esos años, le parece que han sido un instante de la eternidad… Zambomba, Rusia eliminada en los Mundiales de Fútbol, pues sí que habría un drama en Moscú. La idea hizo sonreír a Brigitte Montfort, la internacional agente «Baby» de la CIA, la espía más audaz, inteligente y peligrosa del mundo: ¿cómo sería en Moscú la eliminación de su equipo de fútbol en los campeonatos del 86? ¿Cómo sentaría la noticia en la sede de la KGB? ¿Habría alguien que se lo tomaría por lo trágico, realmente?

Alrededor de Brigitte había un rumor extraño, diferente. Algo había cambiado en el ambiente del aeropuerto, pero la espía estaba tan absorta y divertida con las noticias del fútbol que todavía no le percibía conscientemente.

¿Quiénes seguían en la carrera hacia el título mundial? Pues, Bélgica, claro, que había ganado a Rusia, al parecer gracias a tremendos fallos del árbitro, pues dos de los goles habían sido marcados fuera de juego. ¡Zambomba, qué injusticia! Italia, Francia, España… Hombre, y Brasil, no faltaría más. ¡Qué bien jugaban al fútbol los brasileños! Recordaba una vez en que…

De repente, por fin, la absorta señorita Montfort alzó vivamente la cabeza, y su mente y sus ojos regresaron a la realidad que la circundaba. Había gente corriendo de un lado a otro. Vio policías y hasta algunos soldados. El público se desplazaba hacia el fondo del aeropuerto. Los soldados llevaban terciadas sus metralletas. En alguna parte estaban sonando las sirenas. Por las cristaleras se filtraba un sol dorado e intenso…

Brigitte parpadeó, dejó los periódicos a un lado, y se puso en pie. La gente seguía corriendo hacia el fondo, alejándose de las salidas a las pistas. Brigitte hizo todo lo contrario: recogió sus cosas y se dirigió hacia las salidas a las pistas, mientras veía afuera más soldados y más policías… Uno de los que estaban dentro del edificio se acercó presurosamente a ella, y le pidió amablemente que se reuniera con el resto de las personas en el fondo del aeropuerto.

—¿Por qué? —se interesó Brigitte, hablando en italiano con toda soltura—. ¿Qué ocurre?

El hombre no contestó, insistiendo en que ella se reuniese con las demás personas ajenas a las autoridades. Afuera, desde un camión, varios soldados saltaban a tierra.

Más que comprender, Brigitte adivinó e intuyó:

—¿Han secuestrado un avión? —preguntó.

El policía seguía sin querer darle la información, e insistía en que ella se alejase. Brigitte terminó por obedecer, pues lo que menos haría ella era entorpecer la acción de las autoridades civiles o militares. Es decir, entorpecerlas según el punto de vista de dichas autoridades, pues lo cierto era que ella estaba seguramente más capacitada que aquellos nerviosos policías y jóvenes soldados para resolver una situación delicada…, siempre y cuando decidiese actuar como Baby.

Prefirió no precipitarse y esperar acontecimientos, por si éstos se resolvían pacíficamente. Se reunió con el resto de personas que permanecían alejadas de las puertas de salida a las pistas, y sonrió

al captar el rumor de excitadas conversaciones: todos tenían algo que decir, todos sabían lo que estaba ocurriendo… pero nadie decía nada concreto. Afuera, en las pistas, seguía habiendo mucho movimiento. Por los altavoces se oyó, en varios idiomas, el ruego de que los señores pasajeros abandonasen el aeropuerto. Para ello, debían seguir las instrucciones de varios policías que los conducirían al exterior. No se daban explicaciones, sólo se aludía a «contratiempos de orden técnico».

O sea que, como siempre, a la masa humana se la trataba como si fuese tarada mental.

—Por aquí —pedían los policías italianos—… Por aquí, por favor.

—Escuche —Brigitte tomó a uno de ellos por una manga de la chaqueta del uniforme—, soy periodista americana, y no deseo originar dificultades, pero las van a tener si no me dicen qué está ocurriendo. Puedo llamar por teléfono pasando la noticia, y entonces…

—Señora —replicó el hombre—, han secuestrado un avión, y lo que menos necesitamos son complicaciones.

—De acuerdo en eso. ¿Qué se sabe exactamente del secuestro?

El policía la miró con más atención, titubeó, y por fin lijo:

—Es el avión que tenía que despegar en estos momentos hacia El Cairo. Parece ser que los secuestradores han esperado que todos los pasajeros estuvieran a bordo, y todo el personal también, para secuestrarlo. Lo han comunicado así a la torre de control cuando se iniciaba el contacto entre ésta y los pilotos.

—¿Cuántas personas hay en ese avión?

—Más de sesenta.

—Y los secuestradores están armados, claro.

—Desde luego.

—¿Viaja algún personaje importante en ese aparato?

—No tengo la menor idea al respecto. Por favor, reúnase con los demás.

—¿Se sabe quiénes son los secuestradores, y qué quieren?

—Le aseguro que no sé nada más de lo que le he dicho. Señora, he sido amable con usted, ¿no es cierto? Séalo ahora usted conmigo.

—Me parece justo —sonrió la divina espía.

Cuando salieron del aeropuerto, a pleno sol, Brigitte miró en

busca del aparato en cuestión. Estaba segura de que lo identificaría, y, ciertamente, no le fue nada difícil. A unos doscientos metros divisó el reactor detenido en la explanada anterior a las pistas. Todavía tenía colocada a un lado la enorme escalerilla. Alrededor del aparato, pero manteniendo las distancias, había un cordón de soldados, policías, y vehículos de unos y otros.

Más de sesenta personas secuestradas.

Bueno, seguramente todo terminaría bien. Es decir, terminaría bien para esas personas, como ocurría casi siempre, y todo se reduciría a un buen susto y una «terrible aventura» que contar. Aunque sería terrible de verdad, pues una cosa era ser una espía profesional acostumbrada a jugarse la vida, y otra cosa era ser un ama de casa, una secretaria, o un ejecutivo o fontanero en vacaciones.

Más de sesenta personas.

¿Y si los secuestradores estaban locos, o alguien los provocaba de tal modo que los hacía estallar?

«No soy capaz de desentenderme de una situación como ésta», pensó Brigitte.

¿Y si buscaba un lugar discreto desde el cual llamar por medio de la pequeña radio que portaba en el maletín a los Simones de Roma? Tal vez ellos supieran quién viajaba en el avión, y qué consecuencias podían temerse del secuestro; o al menos hacer cábalas al respecto.

Brigitte se separó del grupo grande de personas, y se dirigió hacia el estacionamiento. Se colocaría entre algunos coches, de modo que nadie la viese, y llamaría por la radio…

Dos hombres caminaban paralelamente a ella, y Brigitte los miró, volvió a mirar hacia el frente… y de nuevo miró a los dos hombres.

No le gustaron nada en absoluto. Eran altos, jóvenes y atléticos, de buena presencia, pero no le gustaron. Talmente era como si aquellos hombres desprendiesen un olor que la espía conocía muy bien: aventureros del montón, gente mercenaria que vive haciendo lo que sea, generalmente nada bueno. Era la clase de personas que más detestaba, pues ni siquiera eran de los que sabían hacer bien las cosas malas, de modo que cualquier acción la convertían en una chapuza de imprevisibles consecuencias siempre nefastas, por

supuesto.

Ellos se detuvieron en el borde del estacionamiento. Brigitte se metió entre dos coches, y se volvió a mirarlos. Estaban a unos quince metros de ella. Uno le daba la espalda, el otro podía verlo perfectamente, de frente a ella. Estaban hablando en italiano. No era lo mismo que si hablasen en inglés o alemán, idiomas que dominaba mucho mejor, pero miró sus labios por si podía «leer» sus palabras.

Durante los primeros segundos no pudo leer nada, tal vez porque el hombre hablaba muy rápidamente. La pareció que pronunciaba la palabra Vaticano, pero de ninguna manera podría haberlo asegurado. Concentró su atención, y pudo leer algunas palabras sueltas, como *hombres, avión, situación*…

Y a continuación, con toda facilidad, posiblemente al estar ya en situación, Brigitte captó una frase entera:

—Avisa de que la primera fase ha salido bien y que ya tenemos el transporte. Y pregunta si permanecemos aquí o nos vamos.

Lo «leyó» tan claramente que le pareció que era imposible. ¿Tenían el transporte? ¿Se referían al avión secuestrado? ¿A qué se había referido el hombre al mencionar «la primera fase»? ¿Fase de qué?

El que había hablado permaneció donde estaba, encendiendo un cigarrillo y vigilando atentamente hacia donde había policías. El otro dio la vuelta, caminó por entre los automóviles, y se metió en uno de ellos. Brigitte lo veía por entre cristales de ventanillas y parabrisas, pero dejó de verlo en cuanto el sujeto se metió en su coche. Contrariada, la espía miró hacia el otro, y supo que él no la vería, pues estaba pendiente del avión secuestrado y las autoridades, no del estacionamiento de automóviles. Aprovechando esto, la espía corrió rápidamente, inclinándose, hasta llegar a una posición desde la cual pudo ver, por fin, al otro hombre dentro del coche. Estaba hablando por radioteléfono, pero no pudo ver sus labios, pues precisamente su mano sosteniendo el auricular, y éste mismo, ocultaban la boca del hombre visto desde la posición de ella.

El sujeto terminó muy pronto la conversación, colgó el auricular, y salió del coche, cerrando la portezuela de éste con llave. Regresó junto a su compañero, y le explicó la conversación. Brigitte los veía

ahora muy mal a los dos, y no había manera de «leer» nada. Los dos hombres terminaron la breve conversación, y se alejaron del estacionamiento.

Brigitte esperó todavía un par de minutos, y entonces se acercó más al coche de los dos sujetos, un Renault 25 con matrícula de Suiza. Echó un vistazo al interior, y vio el radioteléfono en un soporte negro. No se veía nada más digno de interés dentro del coche. Brigitte probó la portezuela, pero estaba cerrada, en efecto. Claro que ella pedía abrirla con toda facilidad, pero… ¿y si sonaba alguna alarma antirrobo de vehículos?

Ni hablar de eso.

Se fijó en la matrícula de nuevo, se alejó, y de su maletín, cuyo doble fondo abrió, sacó uno de los pequeños emisores de señales estándar perfeccionados por la CIA, y que permitían ser localizados mientras no se alejasen más de cien millas del aparato de recepción. Aparato que, ciertamente, no tenía Brigitte, pero que podía tener en cualquier momento. Todo lo que tenía que hacer para ello era llamar a sus Simones y pedírselo.

Dos minutos más tarde, tras colocar el emisor en la parte interna del guardabarros trasero derecho del coche en cuestión, Brigitte emprendía el regreso al lugar donde habían sido reunidas todas las personas que se hallaban en el aeropuerto en el momento de ser secuestrado al avión. Su plan era muy simple: localizar de nuevo a los dos sujetos, intentar seguirlos directamente, y, si esto no podía realizarse, entonces sí, llamaría a la CIA en Roma para que le proporcionase un detector por medio del cual podría localizar el R-25 de los dos sujetos que tan poco le habían gustado.

* * *

Casi hora y media más tarde, muchas de las personas habían decidido abandonar el aeropuerto, mientras que muchas otras, ignorantes de lo que sucedía, habían ido llegando en coches particulares, taxis, autocares y buses. Los carabinieri habían establecido un control en este sentido, y, si bien permitían la marcha de los frustrados viajeros, de regreso a Roma, no permitía el acceso de los que iban llegando. En conjunto, y al menos durante la primera hora, todo fue crispación y desorden, con su poquito de

histeria y sensacionalismo. Desde Roma iban llegando también periodistas, y, muy pronto, acudió la televisión.

Ya no cabía dudarlo: el aeropuerto Leonardo da Vinci, en Fiumicino, a pocos kilómetros de Roma, se había convertido en el centro de interés periodístico de la nación, y, posiblemente, del mundo.

¿Qué hacían mientras tanto los dos hombres que habían llamado la atención de Brigitte? Pues nada. Se miraban, hacían de cuando en cuando algún comentarlo que por sus gestos más bien parecía sarcástico, y prestaban mucha atención a todos los movimientos policiales y militares.

Y miraban su reloj. Cada vez con más frecuencia miraban su reloj, tanto uno como otro. ¿Qué esperaban ahora? ¿Acaso iba a ocurrir algo concreto a determinada hora? Brigitte miró también su reloj de pulsera: eran las trece horas y treinta y nueve minutos. El sol era de fuego auténtico.

Talmente parecía que el calor hubiese paralizado toda actividad, como si ya nunca fuese a ocurrir nada más, como si la situación fuera a ser definitiva, eterna.

Brigitte decidió no esperar más y utilizar su radio para llamar a sus Simones de Roma. Tal vez ellos, es decir, la CIA, estuviera pensando en hacer algo, en intervenir de algún modo, y si era así más valía que ella tomase el mando de cualquier acción, pues cualquier error podía resultar fatal para sesenta personas inocentes.

Capítulo II

Era poco más tarde de las dos y media de la tarde cuando llegó al aeropuerto, en coche privado, ni más ni menos que Simón-Roma, es decir, el agente de la CIA que desempeñaba las funciones de jefe de Sector. Con él, otro agente especial, más joven, de mirada dura y hasta agresiva, pero que se tornó casi infantil al posarse en Brigitte cuando ésta entró en el asiento de atrás del coche.

—¿Cómo están las cosas por Roma? —preguntó Brigitte, sentándose junto a Simón-Roma, mientras sonreía al joven y agresivo conductor, vuelto hacia ella.

—Todo sigue igual. La situación que le expliqué cuando llamó por radio no ha cambiado. Es decir, Roma no importa a nadie en el mundo, en estos momentos. Ni siquiera a los romanos: toda la atención del mundo está puesta en el Leonardo da Vinci. ¿Alguna novedad por aquí?

—Usted sabrá —sonrió Brigitte.

—¿Yo?

—Me permito suponer que antes de que yo le llamara ya había enviado algunos muchachos al aeropuerto para que tomaran posiciones, y que permaneciesen en esas posiciones esperando órdenes.

—Ya supongo que no es fácil engañarla a usted — sonrió Simón-Roma—. En cualquier caso, esos hombres permanecerán en sus sitios hasta que usted ordene lo contrario, no se preocupe: no será la CIA la que trastorne la situación de modo que arriesgue esas sesenta vidas.

—Espero que nadie olvide eso —murmuró la espía. Veamos: ¿qué cábalas podemos hacer al respecto?

—Al respecto… ¿de qué?

—De esta primera fase. Oh, pero usted no sabe eso, no se lo he explicado… Lo que quiero decir es que el secuestro de ese avión es

sólo la primera fase de una operación que, evidentemente y lógicamente, resultará de mucha más envergadura. Verá, me fijé en dos hombres que…

Brigitte explicó detalladamente todo lo relacionado con los dos hombres, mientras los dos Simones la contemplaban asombrados y fascinados. Dentro del coche se estaba muy bien, debido al aire acondicionado, y afuera la quietud era tal, el silencio tan absoluto, que se diría, en efecto, que el mundo se había detenido.

—Es decir —exclamó Simón-Roma, cuando Brigitte terminó su relato—, que el mundo está loco debido a todo este asunto del que no tiene la menor pista ni idea…, y en cambio usted ya tiene a dos sujetos que de algún modo están relacionados con el secuestro.

—Puedo estar equivocada —sonrió Brigitte—. Tal vez esos dos hombres no tengan nada que ver con esto.

—No me parece admisible una equivocación semejante por parte de usted —rechazó Simón-Roma—. Bueno, si colocó un emisor estándar en ese coche no vamos a tener dificultad en localizarlo en cualquier momento.

—Y esos dos sujetos del aeropuerto —intervino el joven Simón— … ¿siguen aquí, sin hacer nada, como dos curiosos más?

—Sí. Pero algo están esperando: la segunda fase.

—¿Y qué cree usted que puede ser esa segunda fase?

—No tengo ni idea.

—¿Sabe lo más sorprendente de todo esto? — murmuró Simón-Roma—: esa gente no se ha pronunciado en ningún sentido, no se ha identificado, no ha reivindicado nada ni ha pedido nada… Y esto, que tanto me estaba extrañando a mí, queda ahora justificado por lo que usted dice de esa segunda fase: no piden nada, ni dicen nada porque el secuestro del avión es sólo un primer paso para culminar una operación mucho más importante. La cuestión es: ¿qué están tramando realmente, cuál es esa segunda fase?

—Sí, ésa es la cuestión —le miró divertida Brigitte—. Pero parece que ninguno de nosotros tiene respuesta.

—Yo sé quién la tiene —dijo el joven Simón.

—¿Sí? ¿Quién?

—Esos dos sujetos que usted conoce. Quizá sería buena idea ir a por ellos y preguntarles «amablemente» qué están tramando. No deja de ser una oportunidad. Y quizá deberíamos aprovecharla

antes de que ellos sigan adelante y consigan esa segunda fase…, que quizá resulte mucho más difícil e insostenible que esta primera.

—No es que su idea sea mala —murmuró Brigitte—, pero lo malo de ella es que podríamos precipitar unos acontecimientos que quizá resultaran desastrosos.

—Pero quizá si dejamos que ellos sigan adelante y consigan su segunda fase ocurrirán cosas peores de las que podrían ocurrir ahora. Lo que quiero decir…

—Le he entendido perfectamente, jovencito —frunció el ceño Baby—, pero por el momento prefiero guiarme por mi instinto, por mi intuición, que por sus sugerencias. De modo que esperaremos. Y no importa cuánto tengamos que esperar: mi paciencia, para cosas importantes es infinita.

* * *

Hacia las siete y media de la tarde los dos sujetos que habían llamado la atención de Brigitte se encaminaron hacia el Renault 25 con radioteléfono, se metieron en él, y partieron, alejándose del aeropuerto. Habían estado consultando sus relojes con frecuencia antes de tomar esa decisión, y Brigitte supo por qué.

—Están actuando conforme a unos horarios y acciones perfectamente determinados y establecidas, todo formando parte de un plan minuciosamente estudiado. Iremos tras ellos. Llame a los muchachos y dígales que si ocurre algo nuevo en el aeropuerto nos lo comuniquen inmediatamente…, y que sigan esperando mis órdenes antes de intervenir en cualquier acción.

Simón-Roma llamó por la radio para impartir las órdenes, mientras Simón conducía hacia la salida del estacionamiento del Leonardo da Vinci, manteniendo la distancia con el R-25. Había controles en la salida, pero no había oposición a que simples personas civiles abandonaran el lugar. La situación, que permanecía estática desde su inicio, hacía de esto más de nueve horas, tenía en vilo al mundo. Seguía sin saberse nada de los secuestradores ni de los secuestrados. Simplemente, el avión permanecía en el mismo sitio, cerrado, sin que se produjera novedad en ningún sentido.

El R-25 iba hacia el Sur. Cruzaron el Tevere, y pasaron muy pronto por Lido di Ostia, y acto seguido por Lido di Castel Fusano.

Había chalés preciosos cerca del mar, cuyo tono azul parecía un poco ensombrecido por el descenso del sol.

Simón había sacado de la guantera un mapa, que había tendido hacia atrás, y que Brigitte estaba examinando. La localidad siguiente era Tor Vaiánica, a unos quince kilómetros. Luego seguía Lido di Pini, Anzio, Nettuno… Bueno, podían seguir viajando junto al mar hasta la mismísima Nápoles, claro.

Pero no llegaron a Nápoles.

Es más, ni siquiera llenaron a Tor Vaiánica. Unos cuatro kilómetros antes el R-25 giró para enfilar un camino a la izquierda, y desapareció tierra adentro. Simón detuvo el coche a la derecha de la carretera, y se volvió a mirar a su jefe y, sobre todo, a Brigitte, que tenía fruncido el ceño.

—Sí —murmuró la espía—, es posible que nos hayan visto y que pretendan tendernos una emboscada fuera de la carretera. De modo que voy a apearme, para ver si a pie puedo ver adónde van o qué traman. Ustedes sigan hacia el sur y pasen a recogerme dentro de veinte minutos.

—No está hablando en serio —exclamó Simón-Roma, sobresaltado.

—Ya lo creo que sí —aseguró Brigitte.

Y sin más, se apeó, portando su maletín. Se inclinó para mirar a Simón, le hizo una seña, y el joven agente, reaccionando, arrancó y continuó conduciendo hacia el sur. Brigitte cruzó la carretera, y salió de ésta por entre los pinos. Tardó un par de minutos en alcanzar el camino de tierra por el que se había alejado el R-25, y lo siguió, siempre bien escondida entre los pinos.

Lo divisó apenas cinco minutos después. Estaba detenido sobre la pinocha. Los dos hombres se habían apeado, y estaban paseando sosegadamente y fumando. Esperaban a alguien, eso era evidente. Y también era evidente que, por increíble que pareciera, no se habían dado cuenta de que les había estado siguiendo otro automóvil. Lo cual corroboraba la opinión de Brigitte sobre ellos respecto a que eran aventureros del montón, gente de baja estofa, y, ciertamente, no eran espías.

Baby se sentó en el suelo, y permaneció inmóvil contemplando por entre unos arbustos a los dos hombres. Estaba anocheciendo ya, el cielo se oscurecía en un rojo cárdeno. De cuando en cuando, en el

silencio del lugar, la voz de uno de los dos hombres llegaba hasta Brigitte, que ni siquiera podía entender palabras sueltas.

Llevaba unos diez minutos allí, y casi era ya de noche cuando el fino oído de la espía internacional comenzó a percibir el rumor para ella inconfundible de un helicóptero acercándose.

Acercándose. Acercándose.

Acercándose tanto que su sonido resultó atronador, y casi enseguida apareció allí mismo, visible entre copas de pinos. Para entonces, naturalmente, Brigitte había comprendido ya que eso era lo que aquellos dos hombres estaban esperando: el helicóptero.

Medio minuto más tarde éste se había posado en tierra, muy cerca del Renault 25.

Era un helicóptero bastante grande y pintado con las clásicas manchas del camuflaje bélico. Cuatro hombres, equipados precisamente como soldados, saltaron a tierra, y se reunieron con los dos que habían estado esperando. La conversación fue brevísima, y los seis hombres se encaminaron hacia el R-25, cuyo maletero fue abierto. Brigitte frunció el ceño cuando vio cómo los cuatro soldados sacaban las armas: dos fusiles lanzagranadas, un pequeño mortero, y dos cajas de municiones. Solamente este material, que fue trasladado al helicóptero…

¿Qué se podía hacer con dos simples fusiles y un mortero ridículo? Brigitte estaba pensando en ello intensamente mientras los hombres del helicóptero y los del R-25 se despedían.

¿Tal vez había llegado el momento de intervenir?

La espía no tuvo tiempo de tomar una decisión, pues surgió algo que precipitó los acontecimientos: el coche de Simón-Roma, apareciendo en el camino, procedente de la carretera. Aparición que provocó diferentes reacciones: Brigitte lanzó una exclamación de disgusto, los hombres del helicóptero corrieron hacia éste, y los otros dos hombres corrieron hacia su vehículo…

El coche de la CIA se detuvo en seco, y apareció inmediatamente el joven Simón, pistola en mano y aullando, en inglés:

—¡Que nadie se muev…!

Uno de los soldados había girado hacia él, sacando su automática y disparando veloz y eficazmente. El estampido de su potente pistola ahogó la voz de Simón; la bala impactó con brutal fuerza en su pecho, provocándole una erupción de sangre y

derribándolo de espaldas.

En ese mismo instante, se abría una de las portezuelas de atrás, y aparecía Simón-Roma, palidísimo el rostro, pero empuñando también su pistola, con la que disparó hacia los hombres del helicóptero. El hombre elegido gritó, dio un salto para caer sentado, y se quedó mirando el rojo agujero en su pantalón de campaña, cerca de la ingle… Mientras tanto, Brigitte había sacado su pequeña pistola, apuntó un instante, y disparó, metiendo la pequeña bala en el ojo derecho del soldado que había acertado a Simón en el pecho. El soldado cayó fulminado, y dos de sus compañeros buscaron desorientados el lugar desde donde había llegado aquel ataque, mientras los otros dos que seguían en pie disparaban a la vez contra Simón-Roma, que lanzó un aullido, giró sobre sí mismo, y fue a dar de bruces contra su coche, rebotando para caer de espaldas al suelo.

Dos de los soldados recogían a su compañero muerto, y los otros dos ayudaban al herido en la pierna a ponerse en pie. Brigitte les apuntó con su pistolita…, y en aquel momento oyó el fuerte rugido del motor del R-25, que apareció de lleno en su línea de tiro.

La espía disparó, oyó el rebote de la bala en la carrocería del R-25, y éste pasó por delante de ella, a unos siete u ocho metros, lanzado a toda fuerza por el camino y alzando una polvareda tremenda que impidió a Brigitte ver a los soldados del helicóptero e incluso ver éste mismo. Dedicó por tanto de nuevo su atención al R-25, que pasó rozando el coche de Simón-Roma…, y alcanzando a éste de lleno, por el vientre, cuando terminaba de ponerse en pie.

Brigitte quedó con el brazo derecho extendido, sin disparar, y una mano en la boca, palidísima, viendo cómo el cuerpo tronchado de Simón-Roma saltaba por el aire talmente como un muñeco, describiendo un trágico salto mortal, y cayendo de nuevo al suelo, plano, pesado, como una masa ya muerta.

Por supuesto, el R-25 estaba ya fuera del alcance de la pistola de Brigitte, y, tras salirse un instante del camino y rozar unos cuantos pinos había regresado a aquél y zumbaba hacia la carretera… mientras el helicóptero aparecía por entre la nube de polvo que se disipaba, subiendo velozmente.

En la ventanilla había uno de los soldados empuñando uno de los fusiles lanzagranadas, y Brigitte supo en el acto lo que iba a suceder, así que se tiró al suelo completamente extendida. Oyó el

estampido, y enseguida percibió la oleada de intenso calor, mientras todo parecía teñirse súbitamente de rojo. Cuando alzó la cabeza para mirar hacia el coche de Simón-Roma todavía estaban en el aire, retorcidos y ardientes, los restos del reventado e incendiado vehículo expandiendo un resplandor tremendo, a cuya luz se veía el cuerpo de Simón-Roma como una simple mancha.

Brigitte Baby Montfort aspiró hondo, apuntó con su pistolita hacia el helicóptero, y comenzó a disparar como si fuese un simple y aburrido ejercicio de tiro.

Lo primero que ocurrió fue que el hombre del fusil lanzagranadas soltó éste, manoteó un instante, y enseguida se precipitó al vacío desde los quince metros de altura que había alcanzado el helicóptero. Éste continuó su ascensión, como si nada más hubiese ocurrido ni nada más fuese a ocurrir, pero, de pronto, cuando estaba a unos treinta metros del suelo, sus aspas se detuvieron, e inmediatamente cayó a plomo, con el piloto muerto de un balazo en la sien ante los mandos.

Se produjeron siniestros crujidos cuando el helicóptero cayó sobre las copas de dos pinos muy juntos, desgajando sus ramas. Enseguida se produjo la explosión, apareció la bola de fuego, y los pinos, el helicóptero y los hombres que quedaban en éste quedaron envueltos en las devoradoras llamas que alcanzaron por un momento insólita altura.

La señorita Montfort se puso lentamente en pie, bañada en rojos resplandores.

La escena era terrible: dos incendios, tres hombres caídos sobre la caliente tierra, remolinos de polvo… Era una de esas escenas de violencia brutal que tanto detestaba Brigitte, pero que por desgracia tantas veces se habían producido cerca de ella… e incluso provocadas por ella.

Solamente se oía el crujir del fuego, y negras humaredas ascendían veloces, como escapando.

Por entre esas humaredas Brigitte vio los helicópteros en el mismo instante en que comenzaba a oírlos, ya casi encima de ella. Pasaron volando en dirección a Roma, como libélulas siniestras, todos ellos pintados con colores de camuflaje, como el que ardía ahora cerca de la espía internacional. Volaban velocísimos en perfecta formación, indudablemente dirigidos por un mando

adecuado y con buenos conocimientos logísticos y estratégicos. Eran por lo menos una docena.

Y al instante siguiente de verlos, Brigitte se estremeció, porque tuvo la súbita seguridad, la revelación, de que ella sabía adónde se dirigían.

—Oh, no —jadeó—… ¡Van al Vaticano!

* * *

—Pero… ¿cómo supo usted que se dirigían al Vaticano?

Brigitte miró al hombre que le había hecho la pregunta, pero no lo vio. Su mente estaba todavía reviviendo los malos momentos pasados, estaba «viendo» lo sucedido como si se repitiera: Simón-Roma estaba muerto y machacado, además, por el tremendo golpe recibido del R-25. El joven Simón yacía de espaldas en el lecho de la clínica privada a la que había sido llevado, y su rostro parecía de yeso. Ya había pasado por el quirófano, y según los médicos que le habían intervenido sus posibilidades de vida eran del setenta por ciento.

Pocas…, pero más que las de Simón-Roma, por supuesto, que hacía pocos minutos, aquella madrugada, había partido debidamente «empaquetado» hacia los Estados Unidos, donde sería enterrado, en el cementerio de su ciudad natal, mientras otro agente especial de probada veteranía y conocimientos suficientes sobre Italia tendría su oportunidad de ascender de «categoría» ocupando la jefatura del Sector Romano…

Pero sobre todo, Brigitte recordaba la mirada de estupefacción que le había dirigido el joven Simón cuando recobró el conocimiento por unos instantes en brazos de ella, y la oyó decir:

«—Tranquilo, Simón: ya he llamado a nuestros compañeros para que vengan a ayudarnos.

»—¿Qué… ha ocurrido…?

»—Nada que le interese ahora. Tranquilo. “—¿Y… y Lewis?”».

Brigitte había comprendido en el acto que Lewis era Simón-Roma, y había contestado, lisa y llanamente:

«—Ha muerto».

El gesto de estupefacción del joven Simón había aumentado, como si no terminara de comprender dos palabras tan sencillas.

¿Muerto?

Entonces… ¿era verdad que se podía morir metiéndose en acciones de espionaje?

—¿Se encuentra bien?

Brigitte parpadeó, su mirada regresó a la realidad actual, sus bellísimos ojos azules quedaron fijos en el hombre que le había puesto una mano en un hombro y la miraba con expresión preocupada.

—¿Qué? —murmuró.

—Le preguntaba que cómo sabía usted que se dirigían al Vaticano.

—Ah, sí… Se lo vi decir a uno de ellos.

—¿Se lo «vio» decir?

—Sí. En realidad, sólo entendí la palabra Vaticano en sus labios, pero ni se me ocurrió relacionar al Vaticano con lo que estaba ocurriendo… Y ya ve: el asalto al Vaticano era la segunde fase de la operación. Primero secuestran un avión con la doble finalidad de disponer de rehenes por si el asaltar al Vaticano les sale mal, y de atraer hacia el aeropuerto la atención de autoridades, tropas y fuerzas diversas…, y cuando el mundo está pendiente del Leonardo da Vinci ellos aparecen con una docena de helicópteros, vuelan en pocos minutos hasta Roma, y tras dejar caer en paracaídas varios hombres aterrizan en los jardines del Vaticano… que en estos momentos está en su poder, con el Papa incluido.

—Vaya jugada —masculló el agente de la CIA—… Y vaya unos mandos, para hacer eso con la precisión y seguridad que lo han hecho. Usted me va a perdonar, pero de momento no puedo ocultar mi admiración hacia la persona o personas que lo han organizado todo.

Brigitte se quedó mirando fijamente a su compañero de la CIA, prietos los labios, durante unos segundos. Por fin, murmuró:

—Voy a dormir un par de horas. Pero si ocurre alguna novedad despiérteme inmediatamente.

—De acuerdo. ¿Dónde la encontraré?

—Aquí —replicó la espía, tocando la silla en la que se hallaba, junto al lecho ocupado por el joven Simón—… He dormido en sitios peores.

Capítulo III

Cuando despertó vio en el acto el resplandor del sol. Junto a ella estaba el agente de la CIA admirador de la organización que había tomado el Vaticano, y al que Brigitte decidió llamar en adelante Simón-Roma 2.

—Hemos perdido el coche —dije este agente.

—¿Qué? —Se enderezó vivamente en la silla Brigitte—. ¿El R-25?

—Sí.

—¿Dónde lo han perdido?

—En el norte de Italia. La señal se fue debilitando, hasta que dejaron de percibirla. Tal vez encontraron el emisor estándar y lo destruyeron.

—No puede ser eso —rechazó Brigitte, poniéndose en pie, fija su mirada en el rostro lívido del joven Simón—… Si la señal se fue debilitando es que se iba alejando demasiado del último puesto de rastreo… ¡Claro! ¡Han pasado a Suiza! ¡Por eso acudieron a la playa, para que uno de los helicópteros se hiciera cargo de las armas!

—No comprendo bien.

—Desde el primer momento tenían proyectado ir a Suiza, pero no era razonable cruzar ninguna frontera llevando el maletero lleno de armas. Por eso fueron a devolverlas a los de los helicópteros… Ellos llevaban una buena dotación de armas por si tenían que intervenir de algún modo en el aeropuerto, pero no fue necesario, y entonces fueron a devolver las armas, para quedar limpios y poder viajar con toda tranquilidad. ¿Lo entiende?

—Claro. Pero lo que no entiendo es lo de Suiza… Quiero decir que lo mismo podrían haber pasado a Francia, a Austria, incluso a Yugoslavia.

—No —murmuró Brigitte—: están en Suiza.

—¿Cómo lo sabe?

—No lo sé. Pero si yo he pensado en Suiza es que están en Suiza.

—Ya. Intuición, ¿no es eso?

—Tal vez sea intuición. Tal vez, simplemente, sea un conocimiento interno mío. Están en Suiza.

Simón-Roma 2 se quedó mirándola como maravillado. Luego sonrió, pero fruncido el ceño.

—De acuerdo —admitió—, están en Suiza. Y si no han destruido el emisor podremos localizarlos. ¿Le parece bien que utilicemos el sistema de los círculos de contacto?

—¿Acaso hay otro?

—No —masculló Simón-Roma 2—. Daré las órdenes al respecto para que en Suiza procedan a realizar ese trabajo…

—Que lo hagan también en Francia, Austria y Yugoslavia… Y en Alemania.

—Ajá —sonrió el espía—. Me tenía usted preocupado. Creía que iba a prescindir de asegurarse el rastreo sólo guiada por sus intuiciones.

—Están en Suiza —dijo Brigitte—, pero no soy ninguna estúpida, de modo que ordene que rastreen también en los otros sitios. Quiero toda una alfombra de círculos de contacto en todo el centro de Europa. Y los quiero funcionando dentro de quince minutos.

—*Okay*. Le traeré algo para desayunar.

Simón-Roma 2 abandonó la habitación del joven Simón, al cual se acercó más Brigitte, para escuchar su respiración, que era débil pero esperanzadoramente rítmica. Se sentó de nuevo en la silla, y encendió un cigarrillo. Si no encontraban el R-25 por el sistema de los círculos de contacto habrían perdido una de las mejores pistas de que disponían. Pero salvo que el emisor hubiera sido finalmente descubierto y destruido lo encontrarían. La CIA iba a movilizar docenas de hombres que se moverían por toda esa zona de Europa en coches con localizadores. Cada localizador podía rastrear el R-25 en un radio de cien millas, o sea, en un diámetro de doscientas millas. Es decir, que cada localizador crearía un círculo de búsqueda del diámetro dicho, y llegaría un momento, a medida que se fuesen acercando unos a otros, en que todo el centro de Europa estaría cubierto por el rastreo, cuando los localizadores estuviesen a

menos de doscientas millas unos de otros, es decir, que su zona de localización entraría en contacto unos con otros. En ese momento, cuando todos los círculos de rastreo estuviesen en contacto unos con otros, era imposible que el R-25 escapase del rastreo…

Siempre y cuando no hubiera sido destruido el emisor que Brigitte le había colocado, claro está.

De pronto, Brigitte cayó en la cuenta de que no debía fumar en la habitación, y apagó el cigarrillo, disgustada consigo misma. En la ventana el sol anunciaba ya un día de calor terrible…, pese a lo cual, la frente de Simón estaba fría. Y húmeda.

La puerta se abrió, y entraron dos médicos y dos enfermeras. Uno de los médicos pidió a Brigitte que saliera de la habitación y la espía decidió que se merecía unos minutos de relajación. Y un cigarrillo. Salió de la habitación, y fue a la cafetería de la clínica, donde Simón-Roma 2 se disponía a hacerse cargo de una bandeja con su desayuno para llevárselo. Ocuparon ambos una mesita, Brigitte encendió un cigarrillo, y bebió un sorbo de café.

Era desesperante, pero no podían hacer nada.

Es decir, se podían intentar varias cosas, pero las órdenes de la agente Baby, que por supuesto había asumido el mando de la CIA en toda Europa, eran tajantes: nadie de la CIA tomaría decisión alguna sin consultar con ella. Y ella, a su vez, no pensaba tomar ninguna decisión hasta saber qué pretendían los cincuenta o sesenta hombres que habían tomado por asalto el Vaticano.

—Sí, es lo más razonable —admitió Simón-Roma 2—, pero mientras tanto ¡Dios sabe lo que pueden estar haciendo esa gente dentro del Vaticano!

—Quizá nada preocupante. No hace mucho intervine en una acción parecida, la de la Isla Mustique[2], y quedó demostrado que a veces vale la pena tener paciencia. Perder la serenidad nunca ha conducido a nada bueno. Y me permito suponer que esa gente no tardará mucho en dar señales de vida… Sea lo que sea lo que pretendan ya se han apoderado tan perfectamente de la situación que no tienen por qué esperar más para exponer sus condiciones y exigencias.

Como si las palabras de Brigitte fuesen proféticas, en la cafetería aparecieron dos agentes de la CIA, buscando ávidamente con la mirada. Casi corrieron hacia la mesa donde desayunaba Brigitte, y

uno de ellos exclamó:

—¡Ya han dicho lo que quieren! ¡Acaban de anunciarlo por la radio!

—¿Por Radio Vaticano?

—Sí, sí.

Brigitte bebió otro sorbito de café, parsimoniosa.

—¿Y qué es lo que quieren? —indagó luego.

—Todos los tesoros del Vaticano.

La espía internacional se quedó mirando al agente de la CIA, miró luego uno de los bollitos del desayuno, lo agarró, y lo mordió desganadamente. Luego, mientras iba comiendo el bollito y bebía sorbitos de café, permaneció en silencio, con la mirada perdida en un mundo al que no tenían acceso los impacientes y excitados agentes de la CIA.

De pronto miró a Simón-Roma 2.

—¿Tenemos algún amigo adecuado en el SID[3]? Quiero decir alguien con quien se pueda hablar y razonar en cualquier situación.

—Mario Lipari —replicó en el acto Simón-Roma 2—. A usted le gustará.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Porque es joven, inteligente, simpático y un excelente espía.

—Zambomba —sonrió la divina—. Jamás me perdonaría no conocer a un hombre así. Arregle con él una entrevista para dentro de media hora. ¿Es posible?

—Considérelo conseguido —asintió el espía.

—¿Sí? ¿Cómo puede estar tan seguro?

—Cuando le diga a Lipari que la agente Baby está dispuesta a conversar con él sobre este asunto se va a poner a saltar de alegría… Entre otras cosas, porque hace tiempo que él está deseando conocerla a usted. Salvo que sea un redomado hipócrita, es uno de sus más fervientes admiradores.

—Yo sabré si es o no es un hipócrita —murmuró Brigitte.

* * *

Mario Lipari besó la mano que le había tendido la agente Baby, la miró luego a los ojos, y murmuró:

—Nunca se me ocurrió que usted pudiera desconfiar de mí.

—¿Quién le ha dicho que desconfío de usted? —se sorprendió Baby—. Si desconfiara no habría acudido a esta cita.

—Ha acudido, es cierto, pero no bajo su verdadero aspecto. Usted no es rubia, ni tiene los ojos verdes, y seguramente, también ha alterado un poco sus formas faciales con rellenos o maquillajes. Hasta es posible que su cuerpo sea diferente a como lo estoy viendo… Es resumen: si usted se ha disfrazado para acudir a este encuentro es que no confía en mí.

—¿Y por qué tenía que confiar? —deslizó suavemente Brigitte.

—Porque la amo —Lipari sonrió con simpática espontaneidad—… Entiéndame bien: la amo no por su aspecto físico, que no conozco, sino por lo que usted es y representa en el espionaje, es decir, la inteligencia, la justicia, la versatilidad y la eficacia. Una mujer que ha hecho lo que ha hecho usted durante tanto tiempo merece el amor de todos los espías.

—Zambomba —sonrió la rubia de los ojos verdes… Me dijeron que es usted joven, inteligente y simpático, y me alegra comprobar que es cierto. Ahora sólo falta que demuestre que es cierto también lo otro.

—¿A qué se refiere?

—A lo de que es usted un excelente espía.

—Espero poder demostrárselo.

—De acuerdo. ¿Está haciendo el SID algún trato directo con los hombres que se han apoderado de ese avión o del Vaticano?

—No.

—¿Seguro?

—Seguro.

Dentro del coche climatizado con el que la CIA había acudido a la cita con Mario Lipari en Piazza Cavour, la espía internacional miraba con suma atención a su colega italiano. Éste aún no había cumplido los cuarenta, y ciertamente se le podía considerar joven si se tenía en cuenta que ocupaba uno de los más altos cargos en el Servicio de Inteligencia Italiano. Y no sólo era simpático, sino atractivo, de grandes y rasgados ojos oscuros de profundo mirar. Lo de inteligente se daba por sentado, por el cargo que ocupaba. Pero… ¿realmente era un buen espía? Porque a fin de cuentas se podían tener incluso más cualidades que Mario Lipari y ser un pésimo espía.

—Entonces —murmuró Brigitte—, usted no sabe más que otras personas respecto a las pretensiones de esa gente.

—Exacto. Quieren todos los tesoros del Vaticano, y eso es todo lo que sabemos.

—Yo sé bastante más.

—No me sorprende. Está bien —sonrió—: ¿cuál es su trato?

—Quiero ser quien dé las órdenes en el SID y por tanto en toda Italia mientras dure esta operación y naturalmente sólo en lo que afecte a esta operación. Y quiero entrar en el Vaticano y ver al Papa.

Mario Lipari estaba pura y sencillamente pasmado. Y tan pasmados como él estaban Simón-Roma 2 y el otro Simón que conducía el coche, ambos ocupando el asiento delantero y vueltos hacia Brigitte y Lipari.

Éste exclamó, por fin:

—¿Está bromeando? Personalmente, la admiro, y no tendría inconveniente en ponerme a sus órdenes, pero… ¡no puedo presentarme a mis superiores diciendo que usted exige el mando del SID y de toda la operación!

—¿Por qué no?

—¡Porque me cortarían la cabeza!

—Bueno —sonrió la espía americana—, ya se sabe que en espionaje siempre se corren riesgos.

—¡No me harán caso! Y luego, eso otro, lo de entrar en el Vaticano y ver al Papa… ¡Eso ni siquiera depende del SID!

—Ya lo creo que sí. El SID puede negociar con los secuestradores o los asaltantes del Vaticano en el sentido de garantizarles la entrega de los tesoros del Vaticano…, pero está en su derecho si exige la seguridad de que no ha muerto nadie y que especialmente Su Santidad se encuentra bien. Si esa gente no entiende esto es que nos las estamos viendo con una pandilla de cretinos criminales. Y eso sería una catástrofe, amigo Mario.

—O sea, que usted quiere saber si son carne de cañón o gente bien dirigida y bien controlada.

—Naturalmente, porque sabiendo eso se puede organizar una… adecuada y oportuna contraofensiva. Además, realmente, deseo asegurarme de que el Papa se encuentra bien. De modo que usted tiene que conseguir que el SID acceda a mis exigencias. Y no

mañana, ni pasado mañana…, ni siquiera dentro de cinco o seis horas. AHORA. Y cuando el SID le haya garantizado que acepta mis condiciones póngase en contacto con esa gente en Radio Vaticano, diga quién es usted, que el SID le ha designado como intermediario, y que desea ser recibido en el Vaticano, acompañado de Sor Magdalena.

—¿Sor Magdalena? ¿Quién es?

—Adivínelo —sonrió Baby.

—Oh, no —se aterró Mario Lipari—… ¡Si esa gente llega a sospechar que la monja que me acompaña es la agente Baby nos harán picadillo a los dos!

—Ya hemos aceptado que en espionaje siempre se corren riesgos, ¿no?

Mario Lipari comenzó a maldecir en un italiano tan enrevesado que Brigitte no se enteró de nada, y todavía menos que ella los dos Simones.

De pronto, Lipari dejó de soltar palabrotas, y dijo:

—Si no convenzo a mis jefes…, si no soy capaz de convencerlos de que aliándonos a usted tenemos el triunfo seguro, dimitiré de mi cargo, de mi trabajo de espía, y me dedicaré a vender helados por las playas.

—A decir verdad —rió Brigitte— ésa es una profesión más simpática que la nuestra, amigo Mario. Consiga un buen piloto de helicóptero y que tenga los nervios bien templados. No quiero gente mediocre en esto.

—¿Para qué queremos un piloto de helicóptero?

—Para que tripule el helicóptero con el cual aterrizaremos en el Vaticano.

—Pero… ¡si estamos aquí mismo! Podemos entrar en coche…

—No. En coche ya he estado otras veces en el Vaticano. Quiero llegar en helicóptero, para disfrutar de las vistas de sus bellos edificios y jardines…, y para ver cómo están distribuidos los helicópteros y los cincuenta o sesenta hombres que han tomado por asalto el lugar. Pero nada de armas, ni de cámaras fotográficas, o tomavistas, o cámaras de video… Tenemos que ir allá a pecho descubierto y sin nada que pueda preocupar o tan sólo hacer desconfiar a esa gente. ¿Está claro?

—Santa Madonna —jadeó Lipari—… ¡Y yo que creía que la

mayor parte de lo que se dice de usted eran exageraciones!

—Espero que me consiga un hábito de monja que no sea demasiado caluroso —rió de nuevo la espía—. Y no se distraiga, Mario: si esa gente acepta, quiero estar en el Vaticano antes del mediodía.

* * *

La vista desde el helicóptero, volando éste a poca altura, era sencillamente impresionante y encantadora.

Primero, la Plaza de San Pedro, ovoide y gigantesca, y al fondo la Basílica, a la derecha, el Prelado, los Museos, y la Via di Porta Angélica. Más al fondo que la Basílica, y a la izquierda de ésta, la Plaza de Santa Marta, y distribuidos alrededor de sus jardines los palacios de Santa Marta y San Carlo. Completamente detrás de la Basílica, y separada de ésta por una zona ajardinada, el Palacio del Gobernador, y a la izquierda de éste el Palacio del Mosaico; algo más allá la Plaza de la Estación, y naturalmente, el edificio de ésta, al cual llegaban las líneas férreas del tendido del tren del Vaticano, que pasaba bajo el muro del Viale Vaticano. Un poco más allá, el edificio de la emisora de Radio, como cercado por el muro de León IV, que parecía dividir los bellos y amplios jardines de la Ciudad del Vaticano, a cuya derecha se hallaba la Pinacoteca…

Y todo ello, teniendo como fondo el verdor y variado colorido de los jardines surcados por hermosas avenidas, como la del Observatorio, la del Gobernador, la de la Fondamenta, la del Seminario Etiópico, la de León IV, la del Bosque o la del Jardín Cuadrado. Y especialmente, Stradone del Giardini, impresionante con su amplitud y su belleza de fuentes y flores…

—Nadie lo diría, ¿verdad? —murmuró Sor Magdalena.

Mario Lipari, que iba sentado junto a ella en el asiento de atrás del pequeño helicóptero, y que también había estado contemplando la Ciudad del Vaticano, la miró atentamente.

—¿A qué se refiere? —murmuró.

—En apariencia, es un lugar bello e inofensivo. Sin embargo, posiblemente es la… ciudad con más secretos del mundo, aunque sólo sean secretos de túneles.

—Me permito recordarle que no es propiamente o únicamente

una ciudad, sino un Estado.

—Gracias por su información —sonrió Sor Magdalena, regresando su atención al objetivo.

La Basílica, los Palacios y los jardines. ¿Qué más se veía? Pues, efectivamente, se veían varios helicópteros, estratégicamente colocados en las zonas más visibles de los jardines y las avenidas y plazas. Asimismo, por todo el pequeño estado, se veía a no menos de cuarenta hombres patrullando en grupos de dos, armados hasta los dientes. Hombres vestidos como soldados, idénticos a los que habían ocupado el helicóptero que había acudido a la cita con el R-25.

—No parece que se hayan esforzado demasiado en camuflar la presencia de hombres y saldados, ¿verdad? —comentó Lipari.

—Están haciendo todo lo contrario —replicó Sor Magdalena—: están exhibiéndose, están dando a entender claramente a cualquier arriesgado observador aéreo que disponen de aparatos, hombres y armas, y que están perfectamente distribuidos en la zona ocupada. Había seis hombres en el helicóptero que derribé cerca de la playa, de modo que si calculamos la misma cantidad para cada uno de los doce que vi volando hacia aquí, llegaron al Vaticano setenta y dos hombres. Si estamos viendo unos cuarenta, quiere decir que hay treinta y dos ocupando la Basílica, el Palacio, y el resto de edificios que hayan considerado interesantes, como la Estación, la Radio, el Palacete de Correos y Telégrafos… Y naturalmente, hay que contar con un pequeño y selecto grupo encargado de… custodiar al Papa.

—Me pregunto —masculló Mario Lipari— para qué tanta comedia de Guardia Suiza si en un momento determinado no sirve para nada.

—Debemos suponer que la invasión se produjo por sorpresa, y tan rápidamente que no tuvieron tiempo de reaccionar.

—¿Sí? Pues sepa que deberían estar preparados para todo. La Guardia Suiza es la encargada de todas estas cosas: guardar las entradas, vigilar la ciudad, y sobre todo tutelar la persona del Santo Padre. El Cuerpo de Gendarmes de la Ciudad se ocupa digamos de los servicios de Policía, pero la Guardia Suiza debería, primordialmente, proteger la Ciudad y sobre todo al Papa. ¡Y no han hecho nada!

—El factor sorpresa siempre ha contado en estas cosas —insistió

Brigitte—. Quizá cuándo la Guardia Suiza quiso reaccionar los invasores ya tenían tal cantidad de rehenes dentro del Vaticano, y dejando aparte los del avión secuestrado en Fiumicino, que no pudieron hacer nada.

—¡Pues debieron estar más al cuidado!

—¿Por qué se lo toma así? —se sorprendió Brigitte—. En la historia se han producido invasiones más sonadas que las del Vaticano, amigo mío.

—No me diga. ¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, la de Normandía. Los alemanes sabían que iban a ser invadidos, pese a lo cual no pudieron evitarlo. Imagínese ahora qué puede hacer contra la sorpresa la Guardia Suiza. Y será mejor que dejemos esta conversación, pues nos están haciendo señas para que aterricemos, y si nos oyesen hablar se sorprenderían de que una monja tocase semejantes temas. ¿Podrá recordar en todo momento que a partir de ahora sólo soy Sor Magdalena, enviada por el Presidente de la República para conversar con el Papa y asegurarme de su perfecto estado de salud mental y física?

Mario Lipari soltó un gruñido, y dedicó de nuevo toda su atención al exterior.

Abajo, en efecto, un grupo de seis soldados les hacía señas, situados frente al Palacio del Gobernador. El piloto, que ya iba volando muy bajo esperando precisamente que le hicieran señales de autorización para el aterrizaje, inició éste. Segundos más tarde el helicóptero tocaba tierra. El piloto apagó el motor.

—Bajen —ladró uno de los soldados invasores—… ¡Vamos, bajen enseguida y con las manos sobre la cabeza!

Mario Lipari y el piloto saltaron, pero mientras éste ponía enseguida las manos sobre su cabeza Lipari ayudó a descender a Sor Magdalena, cuyo hábito, efectivamente, no era en exceso caluroso: gris y blanco, con la falda hasta los tobillos y una cofia brevísima. Pese a que la espía se había esforzado en disimular al máximo su belleza todavía resaltaba ésta lo suficiente para que los soldador invasores se quedaran mirando pasmados a Sor Magdalena.

Pero uno de ellos reaccionó, acercándose a la falsa monja y ordenando, en italiano casi perfecto:

—¡Tú, monja, las manos sobre la cabeza!

—¿Qué le pasa a usted? —Se irritó Mario—. ¿Cree que la

hermana viene armada?

—¡Todos las manos sobre la cabeza! ¡Y todos quietos!

Mario hizo un gesto de disgusto, pero obedeció, y Sor Magdalena lo imitó. Tres soldados se quedaron apuntándolos con sus metralletas, mientras los otros tres procedieron a cachear a los recién llegados. Uno de ellos palpó todo el cuerpo de Sor Magdalena sin consideración ni turbación alguna, bajo la furiosa mirada de Mario Lipari y la estoica inmovilidad de la monja, que ni pestañeó ni siquiera cuando una manaza apretó en su sexo, entre sus nalgas, en sus pechos, en las axilas…

—Está bien —autorizó por fin el soldado de la voz cantante—: ahora todos iremos a ver a Olof.

Sacó un pequeño *walki-talky*, habló en un idioma que a Brigitte le pareció sueco, y se guardó el aparato. Al poco, apareció por el sendero flanqueado de setos uno de los automóviles del Vaticano, que se detuvo ante ellos.

—El piloto se queda aquí —dijo el soldado—. Ustedes, suban al coche.

Subieron. En el coche no había más que el conductor, que ni siquiera les miró, y efectuó el breve recorrido en silencio. Sólo habló cuando, tras el recorrido por Via del Gobernador, detuvo el coche en la Piazza dil Forno, cerca de la entrada del Palacio.

—Apéense —dijo.

Así lo hicieron Sor Magdalena y Lipari. Cuatro soldados se les acercaron y formaron el cuadro de custodia, echando a andar enseguida. Había pocos hombres más distribuidos en el recorrido, pero nadie se alteró al ver la comitiva, que cruzó el Patio de los Centinelas, el de los Papagayos, y llegaron finalmente al de San Dámaso, desde donde, en un rápido ascensor, subieron al tercer piso del Palacio, es decir, donde el Papa tiene sus habitaciones privadas y se hallan ubicadas las Oficinas de la Secretaría del Estado.

Y aquí es adonde iban los recién llegados a la Ciudad del Vaticano. Los soldados se detuvieron ante la gran puerta, que al poco se abrió. Apareció un hombre gigantesco, pecoso, casi albino y de ojos tan claros que parecían de agua. Sonrió mostrando una inesperada dentadura desportillada y como podrida, y dijo:

—Soy Olof, el jefe del comando invasor. Pasen. Charlaremos mientras tomamos el aperitivo.

Capítulo IV

Entraron en la gran estancia de recepción, desde la cual pasaron al gran despacho privado del secretario. Allá había tres soldados cuyo cometido parecía ser asegurarse de que el personal de la cocina de Palacio que había acudido con bebidas y comida no cometiese ninguna tontería.

—Los aperitivos italianos son los mejores del mundo —dijo Olof —, ¿no están de acuerdo?

Ni Lipari ni Sor Magdalena contestaron. Olof los miró con curiosidad, especialmente a la monja, y les señaló sendos suntuosos sillones, que ellos ocuparon en silencio.

—¿Usted bebe, monja? —ofreció Olof.

—Habitualmente, no, pero aceptaré encantada su invitación, señor. Sin embargo, deseo hacerle notar que no hemos venido aquí a tomar el aperitivo, sino a asegurarnos de que el Santo Padre se encuentra perfectamente.

—Ese sujeto está bien, no se preocupen por él —Olof se acercó a Sor Magdalena, tendiéndole una copa con aperitivo—… Más tarde incluso podrán verlo. Ahora, y puesto que según parece a ustedes les gusta ir al grano, hablemos de cosas más importantes. Me ha complacido mucho su petición de este contacto, pues yo tenía pensado solicitar algo parecido, ya que deseaba una… vía de comunicación con sus autoridades mucho más directa que la radio. Las personas siempre se entienden mejor directamente que utilizando artefactos, ¿no están de acuerdo?

—Mire —dijo Mario—, nosotros no estamos de acuerdo con nada de lo que usted y sus hombres están haciendo, pero deseamos que termine sin perjuicio para nadie. ¿Qué es exactamente lo que pretenden ustedes?

—Todos los tesor…

—Eso ya lo sabemos: todos los tesoros del Vaticano. ¿Qué más?

—Nada más.

—Veamos —murmuró Sor Magdalena—: ustedes ya son dueños del Vaticano, ¿no es así? Por lo tanto pueden apoderarse de todo cuanto hay en él… ¿Para qué retienen entonces a Su Santidad?

—Hermana, usted quizá no entienda de estas cosas, pero yo se las voy a explicar en pocos segundos: nosotros no necesitamos para nada al sujeto que vive aquí, ni a las personas del avión secuestrado en el Leonardo da Vinci, pero todo junto forma lo que podríamos llamar nuestra… póliza de seguro. Verá, secuestrando el avión con sesenta personas a bordo nos garantizábamos la libertad si algo salía mal en la invasión del Vaticano y nos detenían; al mismo tiempo, esas sesenta personas nos sirvieron para hacer presión al Papa, al cual, apenas aterrizamos en los jardines, le hicimos llegar un mensaje: o bien ordenaba que sus tropas vaticanas permanecieran inactivas y nos dejaran el campo y el Estado bajo nuestro control, o el avión secuestrado iba a volar en mil pedazos antes de cinco minutos. El Papa prefirió poner su Estado en nuestras manos, y así están ahora las cosas. ¿Y todo para qué? Pues, para apoderarnos de los tesoros del Vaticano. ¿Sabía usted, hermana, que no hay en todo el mundo ningún tesoro que pueda compararársele? Ríase usted de las joyas de la Corona británica, de los lujos y riquezas de la más refinada corte imperial china de los años pasados, ríase incluso de los depósitos de oro en el Fuerte Knox norteamericano… No hay en todo el mundo riquezas más fabulosas que las contenidas en este diminuto Estado. Pues bien: nosotros queremos esas riquezas.

—Pues llévenselas —gruñó Mario.

—No es tan fácil, ¿sabe? —Le miró hoscamente Olof—. Para trasladar todo esto a… a su destino necesitamos tiempo y medios de transporte. Tenemos los medios de transportes, que son nuestros helicópteros, y tenemos el tiempo, pues nadie será liberado hasta que todos los tesoros hayan salido del Vaticano. Pero además queremos garantizarnos vía libre absolutamente y la pasividad total de las fuerzas italianas mientras se desarrolle la operación. Así pues, queremos que hagan un pasillo desde Roma a la costa, en el que no haya nadie, y por el cual puedan ir y venir nuestros helicópteros.

—Ir… ¿adónde?

—Al mar, claro está.

—¿Quiere decir que van a llevar hacia el mar los tesoros del Vaticano?

—Es evidente.

—O sea, que los helicópteros irán trasladándolo todo a un barco.

—Claro —sonrió Olof—. Y no queremos que nadie vea ese barco. Por ese motivo, sus autoridades ordenarán que nadie se acerque a la costa a menos de cien millas de Lido di Ostia. ¿Está todo entendido?

Mario Lipari abrió la boca con gesto agresivo, pero captó el leve movimiento en las pestañas de Sor Magdalena, y bruscamente bebió un sorbo de aperitivo. Luego masculló:

—Está todo entendido.

—Bien. ¿Cree que sus autoridades aceptarán?

—Usted sabe muy bien que nadie pondrá en peligro la vida de Su Santidad.

—Bueno —mostró de nuevo sus carcomidos dientes el gigantesco Olof—, sólo quería asegurarme de ello y dejar las cosas bien claras.

—Pues si ya están claras para usted — murmuró Sor Magdalena —… ¿podemos ver ahora al Papa?

—¿Qué pasa? ¿Creen que lo hemos matado? No ganaríamos nada con ello. Al contrario sólo nos complicaríamos la vida sin obtener ningún beneficio. Nos resulta mucho más útil vivo que muerto.

—Sí, ya lo comprendo, señor, pero me gustaría ver a Su Santidad.

—¿Sabe? —entornó Olof sus casi blancas pestañas—: me estoy preguntando todo el tiempo por qué han tenido que enviar una monja. No tiene sentido. Su compañero también podría ver al Papa y comprobar su estado de salud. ¿Por qué ha venido usted?

—Si quiere que le diga la verdad, yo no lo sé — pareció perpleja Sor Magdalena—, pero supongo que les pareció más delicado enviar una monja para… detectar el buen estado de salud de Su Santidad. Es que además de monja soy doctora en Medicina.

—Ah… Ya. Sí, claro. Bueno, ¿qué más da? Sigue pareciéndome extraño, pero a fin de cuentas no tiene la menor importancia. Quiero que sepan que cualquier jugada por parte de ustedes dará lugar a sangrientas represalias, ¿está esto bien claro?

—Sí señor. ¿Podemos ver al Papa?

—¡Y dale! ¿A qué tanto empeño? ¿No comprenden que puedo mostrarles a ese sujeto en perfecto estado de salud y matarlo cuando ustedes ya se hayan marchado?

—No, no pueden hacer eso —movió la cabeza Lipari—, porque a partir del momento en que salgamos de aquí después de que Sor Magdalena haya visto al Papa en perfecto estado de salud, él tendrá que asomarse a la ventana habitual del palacio cada seis horas como máximo.

—¿La ventana habitual?

—La del tercer piso, desde la cual imparte sus bendiciones. Cada seis horas como máximo deberá dejarse ver por el pueblo romano que ahora llena la Plaza de San Pedro.

Olof parpadeó. Luego dejó quietos sus párpados carnosos y venosos, y terminó por entornarlos, pasando su clara mirada de Lipari a la monja y viceversa.

—De manera —susurró por fin— que ustedes también imponen condiciones.

—Son menos duras que las de ustedes —replicó Mario.

Tanto éste como Sor Magdalena captaron el titubeo de Olof, que por fin asintió con un gesto.

—De acuerdo —aceptó—. Podrán ver al Papa cuando terminen su aperitivo. Y digo verlo, pero no hablar con él.

—¿Por qué no? —saltó Sor Magdalena.

—Porque quiero que esté absolutamente incomunicado respecto a las noticias del mundo exterior. Él ya sabe que tenemos ese avión, y que podemos matar a más de sesenta personas en cuestión de segundos. Y no quiero que sepa nada más. Ustedes, de alguna manera, podrían pasarle algún mensaje. Por ejemplo, quizás hayan encontrado el modo de recuperar ese avión, o hayan decidido intentar recuperarlo ocurra lo que ocurra, de modo que o todo sale bien o todos morirán. En cualquiera de ambos casos, el Papa ya no podría ser presionado utilizando la amenaza del avión secuestrado… Y yo no quiero que él sepa nada de nada ni ahora ni después por medio de alguna señal, como cañonazos, disparos de bengalas, o cualquier otra cosa…

—Usted debe de estar bromeando —exclamó la monja—… ¡Está hablando como sí el Papa fuera un… un comando, a un agente

secreto, o algo así!

—Hermana, no sé qué piensa usted de su Santo Padre —replicó ásperamente Olof—, pero yo sé perfectamente que es un sujeto de cuidado en muchos aspectos. De modo que lo verán pero no hablarán con él ni él los verá a ustedes… O esto, o nada.

—¡El trato…!

—Aquí no hay más tratos que los que yo imponga —comenzó a irritarse Olof—. O eso, o nada.

—Está bien. Lo veremos y nada más.

—Voy a tener el gusto de ofrecerles una pequeña muestra de los muchos misterios de este lugar. Terminen su aperitivo.

Sor Magdalena y Mario Lipari así lo hicieron. Olof, que los contemplaba socarronamente, señaló hacia el fondo del despacho, y se encaminó hacia allí. Cuando se volvió, la monja y Lipari continuaban sentados, mirándolo desconcertados. Les hizo una seña para que acudieran, y ambos lo hicieron. Olof tiró de un cordón morado con borla al extremo, y ante ellos, silenciosamente, se abrió uno de los cuerpos de la gran librería, dejando visible un pasillo angosto, con las paredes y el suelo forrado con moqueta de tono morado.

—Síganme.

Entraron los tres. Olof apretó otro resorte, y la puerta se cerró; simultáneamente, el pasillo se iluminó con luces indirectas, muy suaves. Caminaban en completo silencio, talmente como si fuesen espíritus, no cuerpos. El silencio era tan absoluto que se oían sus respiraciones. Finalmente, Olof se detuvo, y descorrió una cortinilla, dejando al descubierto un hueco protegido por un cuadrado de cristal, de unos cincuenta centímetros de lado.

Por ese hueco, Mario Lipari y Brigitte Baby Montfort vieron a Su Santidad Juan Pablo II. Se hallaba sentado en un gran sillón que ocupaba casi el centro de la sala. Frente a él, sentados en otros sillones, o algunos de pie, había varios cardenales. Uno de éstos fumaba un hermoso cigarro. Nadie decía nada. El estado de todos parecía perfectamente satisfactorio.

—Como es lógico —dijo Olof—, el Papa sabe que este mirador existe, y que puedo verlo y oírlo cuando se me antoje, así que es poco probable que él o cualquiera de sus compinches digan nada interesante.

—¿Ellos no ven esta ventana? —murmuró Sor Magdalena.

—Claro que no, puesto que al otro lado es un espejo con recargada cornucopia. Pero el Pana sabe que es un mirador, y conoce, ¡claro está!, la existencia de este pasillo y de muchos otros. ¡Y qué podríamos decir de los sótanos, grutas y catacumbas que tenemos bajo nuestros pies…! Y de la línea secreta del ferrocarril, y de tantas otras cosas… Éste es uno de los lugares mejor protegidos y encubiertos del mundo, se lo aseguro.

—Pese a lo cual —murmuró la monja— usted ha conseguido invadirlo. Y se diría que lo conoce muy bien.

—Como usted comprenderá, hermana, antes de proceder al asalto nos asesoramos debidamente. Es claro que íbamos a disponer de nuestra retirada garantizada si algo salía mal, gracias al avión secuestrado, pero además sabemos muy bien por dónde y cómo movernos en todo momento.

—De donde se desprende que alguien les facilitó a ustedes información secreta sobre la Ciudad del Vaticano.

—Evidentemente. Y les diré una cosa: si a mí me preguntaran qué puesto de poder o mando de todo el mundo me gustaría tener, diría que éste, el del Vaticano. Ríanse ustedes de Washington y Moscú, por ejemplo.

—No diga barbaridades —gruñó Lipari—. Un pasillo secreto como este no es tampoco nada tan espectacular, y no justifica sus fantasías.

Olof le miró, soltó una carcajada, y señaló la ventana hermética.

—Bueno, ahí lo tienen: mírenlo cuanto quieran y volvamos a mi despacho. Quiero decir —rió de nuevo— al despacho que me han prestado.

Poco después, tras exigir Olof que la respuesta le llegase antes de transcurridos setenta y cinco minutos, la monja y el espía abandonaban el despacho, luego el edificio, y al poco alzaban el vuelo en el helicóptero tras haber sido devueltos al lugar por el mismo automóvil del Vaticano.

Cuando volvieron a pasar por encima de la Plaza de San Pedro la multitud que la abarrotaba proseguía allí, en silencio, la mayoría de rodillas, todas las miradas fijas en la ventana del Palacio por la que el Santo Padre impartía diariamente su bendición al pueblo de Roma y al mundo cristiano.

Un mundo que parecía haberse detenido, y cuya mirada estaba puesta en la Ciudad del Vaticano, pues ya nadie en el planeta ignoraba que había sido invadida y que el Papa se hallaba en manos de los asaltantes.

—Es impresionante —dijo Mario, señalando hacia la masa de personas arrodilladas que atestaba la Plaza de San Pedro—… Y no va a ser nada fácil resolver esta situación.

—A veces las cosas más difíciles ofrecen, de pronto, soluciones fáciles —replicó la monja.

—¿Tiene algún plan? —Brincó en su asiento Lipari.

—Más que un plan tendría que ser un milagro — movió la cabeza la espía americana—… Y si alguien puede hacer milagros no soy precisamente yo.

—Me parece —mascultó Mario— que el Papa tampoco está en condiciones de hacer milagros. Está sometido a una presión tremenda: si él hace algo que no le guste a Olof, éste puede mandar asesinar a toda la Guardia Suiza, al Cuerpo de Gendarmes y a las demás personas que en estos momentos se hallan confinadas y vigiladas. Y también pueden ordenar que el avión sea volado… No quisiera estar en su pellejo.

—Sí, su responsabilidad es terrible. Pero personalmente no se halla en peor situación que los pasajeros del avión.

—Ya, ya, ¡pero él es el Papa!

—¿Y qué quiere decir con eso?

—Que su vida vale más que la de otras personas.

—Me permito suponer —replicó secamente Sor Magdalena— que Juan Pablo II no piensa así, pues si pensara así no habría ordenado a su Guardia Suiza rendirse ni habría aceptado caer prisionero sólo por proteger unas cuantas vidas.

—¡Joder, qué respuesta!

—La que usted se merece. Y ahora, si es tan amable, déjeme en el chalé donde la CIA hemos instalado nuestro cuartel general, y luego vaya a informar a sus jefes de las exigencias de Olof. Estaremos en contacto por medio de la radio.

—Creí que vendría usted conmigo.

—Tengo otras cosas que hacer.

* * *

—Es decir —refunfuñó Simón-Roma 2 cuando Brigitte terminó sus explicaciones, ayudada por un gran mapa y planos del Vaticano extendidos sobre la mesa—, que quien ha organizado esto sabía muy bien lo que hacía y el terreno que iban a pisar sus hombres.

—Absolutamente. Me permito suponer que ha conseguido informaciones secretas del Vaticano por medio de alguna persona sobornada, y, en cuanto se refiere a su ocupación del Estado, es muy eficaz. Pocos hombres, pero suficientes, habida cuenta de que tienen como rehén al Papa, además de cardenales y muchas otras personalidades eclesiásticas y civiles. Y el avión, que sirvió para amedrentar al Papa y que era su seguro de libertad si algo salía mal en la ocupación del Vaticano.

—O sea, que no podemos hacer nada.

—Absolutamente nada.

—Y mientras tanto, esos helicópteros han empezado a hacer viajes trasladando los tesoros del Vaticano hacia el mar.

—Los tesoros no sirven para nada, Simón.

—Coño, qué punto de vista tan curioso.

—Sí, soy muy chocante —sonrió Brigitte.

Estuvieron unos segundos en silencio. Luego, Brigitte se acercó a una de las ventanas de la sala del chalé que la CIA había habilitado como cuartel general, cerca de la carretera que une Roma con Lido di Ostia, en las proximidades del río Tíber. Desde allí, periódicamente, oían pasar los helicópteros que iban desde Roma hacia el mar, y que luego, transcurrida casi una hora, regresaban. Eran más de las cinco de la tarde.

En el momento en que Brigitte encendía un cigarrillo, otro grupo de helicópteros se dejaba oír, y al poco los veía pasar por encima, en dirección al mar. Simón-Roma 2 se colocó junto a Brigitte, mirando también los helicópteros.

—Daría cualquier cosa por ver ese barco — murmuró.

—Jamás lo conseguirá.

—¿Por qué no? Tal vez cuando todo…

—Es que no existe tal barco.

—¿Qué?

—Que no existe tal barco: están arrojando los tesoros al mar.

—Pero… ¡¿Qué dice?! —aulló el espía, desorbitados los ojos.

Brigitte movió la cabeza, se volvió hacia el interior de la sala, y

miró al agente que entraba impetuosamente en ésta, vociferando:

—¡Lo tenemos! ¡Tenemos localizado al R-25!

—Magnífico. ¿Dónde está?

—¿Dónde ha de estar? ¡Donde usted dijo! ¡En Suiza!

Capítulo V

Naturalmente, la estaban esperando en el aeropuerto Internacional de Berna.

Eran dos hombres; uno de alrededor de cincuenta años, que se presentó, tal como Baby comprendió apenas verlo, como Simón-Berna, y el otro, de alrededor de treinta y gesto adusto, era, simplemente, uno de los Simones con que la espía podía contar en Europa. El coche en el que se alejaron del aeropuerto era un discreto Volkswagen de color oscuro, muy acorde con la tarde gris de aquellas latitudes, ciertamente diferente a las de Roma, donde el verano era más verano.

—Están en una casita de la Harrengasse, cerca del Casino —explicó Simón-Berna—. Es de dos pisos, pero tenemos la certeza de que no vive nadie en ella… Quiero decir que suele estar desocupada en sus dos plantas, y que esos dos tipos se han instalado ahí a la espera de algo. El coche está en el garaje, es decir, oculto, pero nuestro receptor de señales no entiende mucho de puertas, así que nos llevó hasta el sitio exacto.

—¿Pero ustedes han visto a eses dos hombres y el coche?

—Sí. Los vimos cuando estábamos con el receptor merodeando por allí sabiendo que el coche no podía estar muy lejos. Nos llamó la atención la facha de aquellos dos sujetos, así que mientras ellos iban a almorzar uno de nuestros muchachos los siguió, y otros dos entraron en la casa por una ventana de atrás, sin dejar señales. Desde el vestíbulo se pueda acceder al garaje, y en éste vieron el coche. Todavía tiene el emisor colocado, claro. Los dos sujetos volvieron hacia las dos y media, sin haber hecho nada especial, y desde entonces están en la casa.

—¿Esperan a alguien, según creen ustedes?

—O esperando el momento de ir a ver alguien. Lo que he querido decir es que su actitud es de espera. Puede que estén

esperando un contacto, o recibir instrucciones… Algo así.

—Bien —murmuró Brigitte—. Vamos allá. Supongo que tenemos a alguien vigilando la casa.

—Por supuesto. ¿Cómo están las cosas por Roma?

—Por Roma, normal: pero esa gente se está llevando todos los tesoros del vaticano: dinero, joyas, cuadros, objetos de arte y culto… Es el saqueo más extraordinario de la Historia.

—Tengo la impresión de que a usted no la impresiona demasiado.

—Me maravilla la precisión de los planes de la persona o personas que han preparado todo esto, pero nunca lloraré por joya más o menos. Los cuadros me gustan más, pero ninguno vale más que una persona.

—Naturalmente, su punto de vista tiene que ser muy peculiar —casi rió Simón-Berna—. Estoy seguro de que pocas personas deben de pensar como usted.

—Nunca me importó la cantidad, sino la calidad. Y aunque sé que muchas personas no son agradables de contemplar, y que valen menos que un cuadro, y que incluso merecen morir, me permito suponer que ese no es el caso de las personas que hay en el avión secuestrado, ni de los rehenes que los soldados de Olof han tomado en el Vaticano. Claro está, puedo equivocarme.

—Todos nos equivocamos alguna vez. Como por ejemplo, esos dos sujetos del R-25, que deben de creer que están a salvo, cuando en realidad están en el más grande apuro de su vida. Y no tardarán mucho en darse cuenta.

—Desde luego que no. Tardarán el tiempo que tardemos en llegar a esa casita de la Harrengasse.

Simón-Berna se sorprendió grandemente.

—¿Quiere decir que no vamos a esperar a ver qué están esperando ellos en esa casa?

—No es tiempo lo que nos sobra —movió la cabeza Brigitte—, de modo que no esperaremos nada.

* * *

—¿Qué hora es?

—Las seis y veinte. No te impacientes, pronto llegará.

—No estoy impaciente, pero sí preocupado, Oscar. Aquel contratiempo que nos costó un helicóptero puede costarnos caro.

—Así es —admitió de mala gana Oscar—… Maldita sea, me gustaría saber de dónde salió aquella gente, y quiénes eran. Lo seguro es que nos habían seguido a nosotros, pues no habían de seguir a un helicóptero con un coche, digo yo. Y cuando él sepa que nos siguieron a nosotros deducirá que cometimos algún fallo… No creas que veo las cosas muy claras, Peter.

—Desde luego no fue casualidad —masculló Peter—… Pero por más vueltas que le doy no consigo comprender nada.

—¿Quieren que yo se lo explique? —Sonó la voz femenina de pronto.

Los dos hombres soltaron un respingo, y miraron con lógico sobresalto hacia la puerta de la sala, donde había sonado la voz. Se quedaron mirando pasmados a la mujer alta, esbelta y rubia que les contemplaba con fría ironía, y que empuñaba una pequeña pistola.

—¿Quién demonios es usted? —exclamó por fin Oscar—. ¿De dónde sale?

—No salgo: entro. He entrado por la misma puerta que utilizó antes uno de mis compañeros de la CIA para entrar en la casa, llegar al garaje, y ver el Renault 25 al cual coloqué un emisor de señales en el aeropuerto Leonardo da Vinci. También les diré quién soy: Baby, de la CIA.

Los dos hombres palidecieron, y su mirada pareció desorbitarse, sus pupilas dilatarse. Oscar estaba de pie cerca del mueble-bar, y Peter se había instalado en un sillón y estaba fumando. El suelo estaba alfombrado, en las paredes había cuadros y un viejo reloj parado quién sabía desde cuándo en las dos y diecisiete minutos.

La agente Baby hizo un gesto con la cabeza hacia el centro de la sala, mirando a Oscar.

—Siéntese en un sillón junto a su amigo —ordenó. Son ustedes un par de cretinos, pero quizá puedan serme útiles antes de que los mate.

—¿Va a matarnos? —jadeó Oscar.

—Ustedes formaban parte del grupo cuya acción costó la vida a mi compañero Simón-Roma, y posiblemente muera también el otro Simón, de modo que sus días, por no decir sus minutos, están contados. Pero antes charlaremos un poco.

—No vamos a decirle nada, puesto que nada vamos a ganar con ello. Si de todos modos nos va a matar… ¿por qué hemos de informarla de nada?

—Porque una cosa es morir de un tiro en la cabeza y otra cosa es morir quemado vivo. ¿Les gustaría?

—Usted no haría eso.

—¿No? Sólo tengo que amarrarlos a esos sillones, rociarlos con la gasolina que hay en el garaje, y dejarlos hasta que se hunda esta casa, que será su panteón.

Peter sonrió, y dijo:

—Usted es solamente una charlatana: no hará nada de eso.

La rubia espía miró a Peter, sonrió también, y, sin decir una sola palabra, le apuntó a la frente con la pistola. Lo sonrisa de Peter fue más amplia y desdeñosa. La rubia disparó, se oyó un apagado «plof», la bala se incrustó en la frente de Peter, alojándose en su cerebro y matándolo en el acto. La pistola se desvió inmediatamente hacia Oscar, que había quedado súbitamente lívido y crispado todo al rostro.

—No me importa matarlo también a usted —dijo gélidamente la espía americana—: sé que están esperando a alguien, y puedo entenderme con esa persona cuando llegue. ¿Lo mato o prefiere que hablemos?

—¿Qué es lo que quiere saber? —jadeó Oscar.

—Quiero saber a quién están esperando.

—A una persona que va a venir a recogernos para llevarnos a ver a otra persona.

—Ya. ¿Quiénes son esas personas?

—Uno se llama Razih, y él nos va a llevar a ver a la otra persona que no sabemos quién es. Razih es quien nos contrató, y quedamos en que cuando hubiese terminado nuestro trabajo viniésemos aquí a reunimos con él.

—¿Cuál era su trabajo?

—Debíamos estar en el aeropuerto, e intervenir en favor de los secuestradores, si era posible, en caso de que algo saliera mal.

—¿Y si no era posible ayudarlos en caso de que algo saliese mal?

Oscar se pasó la lengua por los labios.

—Debíamos disparar con rifles lanzagranadas y con un mortero contra el avión secuestrado, a fin de que los secuestradores

muriesen y no pudiesen hablar. Pero todo salió bien, así que fuimos a devolver las armas y volvimos aquí para encontrarnos con Razih.

—Entiendo. Lo que no sé si he entendido bien es lo de matar a los secuestradores. ¿Ha querido decir que habrían volado el avión a morterazos, con los secuestradores dentro…, y también con esas sesenta personas?

Oscar no contestó. Todo lo que hizo fue pasarse de nuevo la lengua por los labios. Baby entornó los párpados, y permaneció unos segundos contemplándolo duramente.

—Muy bien —dijo al cabo—. ¿Qué más sabe usted?

—Debíamos devolver las armas cerca de la playa… ¡Usted es la misma mujer que estuvo allí!

—¿Y además de devolver las armas?

—Nada más. Nuestro trabajo habría terminado.

—De acuerdo. ¿Qué más sabe?

—Nada más.

—¿Está seguro?

—Segurísimo.

—Entonces, ya no me sirve de nada, ¿verdad?

Oscar se sobresaltó, miró aquellos ojos falsamente verdes, y pese a la lentilla de contacto que desfiguraba el color pudo ver en la pupila su sentencia de muerte. Emitió un grito de rabia, metió la mano derecha en la axila izquierda en busca de la pistola…

Plof, disparó la espía más implacable del mundo.

Oscar giró sobre sí mismo como dibujando un tirabuzón, y rodó por el suelo, ya que no había obedecido todavía la orden de sentarse. Quedó cerca de los pies de su compañero Peter, que permanecía en cómoda postura, con los ojos abiertos, las manos crispadas en los brazos del sillón, y un apenas visible hilillo de oscura sangre saliendo del diminuto orificio en la frente.

Brigitte efectuó una llamada por la radio de bolsillo, y en el acto sonó en ésta la voz de Simón-Berna.

—¿Sí?

—Será mejor que entren. Por la parte de atrás, claro.

Cerró la radio. Slmón-Berna y Simón aparecieron apenas dos minutos después, miraron a los dos hombros, y luego, expectantes, a Baby, que señaló los cadáveres.

—Escóndanlos debajo de una cama, y asegúrense de que no

quedan manchas de sangre, o cualquier otro indicio de que han muerto. Luego regresaremos al coche, y quiero que nadie se deje ver ni cometa ninguna torpeza, así que avíselo a los demás Simones. Va a venir alguien a ver a estos dos, y si bien no voy a poder evitar que se inquiete o se desconcierte, sí quiero hacer lo posible para que no se asuste demasiado y se comporte con normalidad, esto es, que regrese a reunirse con la persona que le ha enviado a recoger a estos dos. ¿Está claro?

—Desde luego.

—Bien. Procedan.

Dejando a los dos Simones encargados del traslado y ocultación de los cadáveres, Brigitte salió de la sala, y subió al primer piso, que recorrió brevemente y sin demasiado interés. Regresó abajo, y fue directa al garaje. Allá estaba el R-25, del cual retiro el emisor de señales, que ciertamente seguía funcionando. Sin molestarse lo más mínimo en registrar el coche, volvió al interior de la casa y la abandonó por la puerta de atrás. Pocos segundos después entraba en el coche en el cual la esperaban ya Simón-Berna y el otro Simón. Brigitte miró su relojito de pulsera. Eran las siete menos doce minutos.

* * *

Despertó inmediatamente, apenas Simón-Berna la tocó en un hombro. Y con la misma rapidez, como si no acabase de salir de un profundo sueño de más de dos horas después de haber esperado en vano no menos de seis, recuperó el hilo da la situación y miró hacia la casa. Cerca de ésta se había detenido un automóvil, del cual estaba apeándose un hombre, que al parecer llegaba solo.

—Podemos suponer que ése es Razih —susurró Simón-Berna.

Brigitte asintió, y miró su relojito. Eran las tres y seis minutos de la madrugada, y Berna era sencillamente un monumento a la quietud y el silencio. Era como si todo hubiese quedado convertido en una fotografía…, excepto el hombre recién llegado, que caminaba ya hacia la casa. Era un hombre alto, muy esbelto, de exóticas facciones, que resaltaron oscuras al pasar de espaldas bajo las luces de la calle.

—Parece asiático —murmuró Simón—… Hindú, o algo así.

El hombre que supuestamente era Razih llegó ante la puerta de la casa, sacó una llave y la abrió. Desapareció en su interior, cerrando la puerta con gestos sigilosos. Simón-Berna soltó un gruñido, y dijo:

—Me apuesto una mano a que ese sujeto viene a estas horas y con tanto sigilo a eliminar a sus dos torpes empleados.

—Con toda seguridad —asintió Brigitte—. Ya vuelvo.

—¿Eh…?

La espía salió rápidamente del coche, y corrió silenciosamente hacia el del recién llegado, al cual colocó el emisor de señales en el mismo sitio en que lo había estado llevando el R-25. El emisor había aumentado de categoría: ahora iba a viajar en un Mercedes 320. Con la misma rapidez y sigilo, Brigitte regresó a su coche, y murmuró:

—Asegúrese de que el emisor sigue funcionando.

Simón-Berna puso en marcha al receptor, que emitió su bip-bip-bip de localización, fuerte y claro, mientras la pequeña aguja señalaba sin la menor oscilación hacia el Mercedes.

—Ahora está en el garaje —dijo de pronto Simón.

Su jefe y Brigitte miraron hacia la casa. A la izquierda de ésta, a ras de suelo, se veía una delgada raya de luz. Para los espías era talmente como si estuvieran viendo al hombre llamado Razih: había entrado en la casa, había ido al salón, y al no ver a nadie, había llamado, incluso quizás había subido a los dormitorios a ver si encontraba dormidos a sus «amigos», lo que le habría ido de maravilla para liquidarlos fácilmente. Al no encontrarlos había regresado a la planta y se le había ocurrido, claro está, mirar en el garaje, por si no estaba el coche, señal de que ellos, Peter y Oscar, no habían acudido a la cita. Evidentemente, no había mirado debajo de ninguna cama, y seguramente no se le iba a ocurrir hacerlo. Pero… ¿qué pensaría, qué haría cuando viese el coche en el garaje y en cambio Oscar y Peter no diesen señales de vida y presencia?

—Desde luego tiene que estar bien confundido —dijo Simón-Berna.

—Insisto en que es hindú —dijo Simón.

Brigitte no dijo nada. La luz del garaje se apagó.

Al poco se abrió la puerta de la casa, y el hombre alto y esbelto de rasgos exóticos y bronceados salió, cerró la puerta con llave, y se

alejó unos pasos. Se volvió. Estaba preocupado, perplejo, inquieto, desconcertado. Los espías adivinaron, por su leve gesto apenas iniciado, lo que iba a hacer a continuación: mirar alrededor, hacia todas partes, calle arriba, calle abajo… Se deslizaron en los asientos de modo que desde el exterior no se podían ver sus formas corporales dentro del coche… y permanecieron así hasta oír el leve zumbido del motor del Mercedes.

Cuando atisbaron cautamente por la ventanilla, el Mercedes se alejaba silenciosamente. Brigitte abrió el canal de la radio, y ordenó:

—Todo el mundo quieto, que a nadie se le ocurra seguir a ese coche.

Su decisión fue perfecta.

Apenas tres minutos más tarde, el Mercedes reapareció, y pasó por delante de la casa.

Desapareció de nuevo y volvió a aparecer… Dio dos vueltas más antes de detenerse en el mismo sitio que antes. Las luces fueron apagadas. No se oía nada.

—Los va a esperar —susurró Simón-Berna—… Es un tipo de gran paciencia.

—Será mejor que echen ustedes un sueñecito — dijo la espía—… Esto puede durar horas. Yo vigilaré ahora.

Sin comentarios. Los dos Simones se acomodaron, y se dispusieron a descansar lo mejor posible. Dentro del otro coche se distinguía la silueta de Razih, que evidentemente no tenía intención de ocultarse. La cosa estaba clara: esperaba a sus víctimas, junto a las cuales acudiría en cuanto las viera aparecer. Por fuerza tenía que estar intrigadísimo. Y preocupado, claro.

Poco después de las siete de la mañana el Mercedes se puso de nuevo en movimiento. Brigitte esperó un par de minutos, y despertó a Simón-Berna, que soltó un resoplido suficientemente fuerte para que Simón también despertara y comenzase a gruñir, para callar enseguida. Todavía era de noche en Berna, pero se presentía ya la primera lividez diurna.

—¿Hace mucho que se ha marchado? —preguntó Simón-Berna.

—Un par de minutos.

—Pues usted dirá cuándo salimos tras él.

—Antes quiero asegurarme de que no empieza a dar vueltas de

nuevo.

Cinco minutos más tarde, Baby llegó a la conclusión de que el Mercedes no iba a reaparecer en la Harrengasse, como, por otra parte, ya indicaba el localizador de las señales del emisor.

—Vamos tras él —dijo.

Simón arrancó. Brigitte llamó por la radio indicando a los Simones reunidos en Berna que siguieran el Volkswagen en el que viajaban ella y Simón-Berna. Amanecía cuando salían de Berna por la Monbijoustrasse, esto es, hacia el sur.

—La madre que lo parió —farfulló Simón—… ¡A ver si ese tipo va a tomar un avión y nos deja con un palmo de narices!

Pronto quedó bien claro que el tal Razih no se dirigía al aeropuerto. Pasó de largo por Belp.

Simón-Berna había trasladado a Brigitte el manejo del receptor, y él estaba examinando un mapa de carreteras.

—La única localidad relativamente importante que tenemos hacia el sur siguiendo esta carretera es Thun —murmuró—, a unos treinta kilómetros. Luego hay que desviarse a la izquierda o a la derecha, y vamos a parar a Luzerna en el primer caso o al Lac Léman en el segundo, todavía algo lejos de Lausanne.

—¿Qué hay hacia el frente, es decir, siempre hacia el sur?

—Montañas y nieve. Pequeñas localidades con funiculares y cosas de esas, estaciones de esquí, refugios de montaña… Pero no creo que vaya hacia esos lugares con un Mercedes, así que cuando llegue a Thun tendrá que desviarse hacia un lado u otro.

Simón-Berna se equivocó, pues el Mercedes ni siquiera llegó a Thun, sino que se desvió antes, hacia la derecha. Un indicador revelaba el nombre de la localidad a la que llevaba aquel tramo de carretera: Riggisberg. El día era blanquecino. Por delante de ellos se divisaban enormes montañas nevadas. Simón señaló una montaña un poco a la izquierda de la marcha, y dijo:

—Aquel es el Gantrisch: casi dos mil doscientos metros de altura. ¡Brrrr…!

—A mí tampoco me gusta el frío —sonrió Brigitte—. Y curiosamente la nieve me encanta.

—Pues si le gusta la nieve se va a hartar de ella. El mes que viene tengo las vacaciones. ¿Sabe adónde voy a ir a disfrutarlas?

—¿Hawaii?

—Nada de eso. Yo quiero calor de verdad.

—África, entonces.

—Ajajá. Me voy a un oasis en el Sahara. Con una chica, eso sí. Una alemana. Ya hemos convenido que nos pasaremos tres semanas ordeñando cabras y tomando el sol, para sacarnos de los huesos el frío de estos lugares. Uno debe de acabar reumático viviendo siempre en climas como éste, y un sol seco puede aliviarlo, ¿no cree?

—No sé tantas cosas —rió Brigitte—, pero sí estoy convencida de que lo mejor que hay en la vida es el sol. Se ha detenido.

—¿Qué?

—El Mercedes. Ha llegado al término del viaje. Pare.

Simón frenó. Durante unos minutos estuvieron mirando el receptor, que seguía emitiendo la señal de proximidad, pero no de movimiento, la aguja permanecía inmóvil.

—Vamos a buscarlo —susurró Baby.

Localizaron el Mercedes unos quince minutos más tarde. Es decir, localizaron el hermoso chalé de tejado de pizarra y construcción de madera dentro de cuyo garaje, sin la menor duda, debía de estar el Mercedes, pues no había en las proximidades ningún otro lugar donde pudiese permanecer un automóvil sin ser visto. Había flores en las ventanas del chalé, y frondosos abetos en el jardín delantero, cercado por bien cuidadas vallas. Parecía una tarjeta postal, con el clásico paisaje nevado, aunque se divisaban algunos claros de intenso verdor.

—Podemos tomar por asalto ese chalé en cuestión de segundos —dijo Simón, volviéndose para ver la reacción de Brigitte.

Ésta asintió, y permaneció pensativa contemplando la casa. Había muchas dudas en su mente. Dudas originadas precisamente por tantas y tantas peripecias que había vivido, enfrentándose a personajes de toda clase, muchísimos de ellos siniestros, espantosamente siniestros y criminales… ¿Qué clase de personaje podía encontrar en aquel chalé? No era, ciertamente, un cubil parecido a una base militar, ni parecía contener nada peligroso o tan sólo agresivo. Sin embargo, existía la fundada posibilidad de que allí estuviese la persona o personas que habían planeado la invasión de la Ciudad del Vaticano. Y el asesinato de sesenta personas del avión secuestrado si hacía falta. Y el asesinato de

muchas personas atrapadas dentro del Vaticano si así convenía.

¿Qué clase de engendro había tramado todo aquello?

—Esperen aquí —dijo de pronto.

—¿Qué? —saltó Simón-Berna.

—Estén atentos a mi posible llamada.

—Pero… ¡¿va a ir ahí usted sola?!

Brigitte asintió, salió del coche, y se encaminó lentamente hacia el hermoso y amplio chalé suizo que parecía, en efecto, una lindísima postal.

Capítulo VI

Cruzó el jardín en diagonal, y rodeó la casa por el lado derecho. No era una simple precaución, ni tenía intención alguna de sorprender a nadie deslizándose al interior de la casa de manera subrepticia… Sencillamente, sintió que debía hacerlo así, y lo hizo. Como si una fuerza superior a ella la empujara hacia la parte de atrás de la casa, así de simple.

Lo vio enseguida.

Estaba sentado en la postura del loto sobre la nieve, en un pequeño claro entre abetos, apenas a unos veinte metros de la casa. Completamente desnudo, rapada la cabeza, las manos descansando sobre las rodillas, la cabeza erguida con naturalidad y los ojos cerrados. Era la imagen viviente de la paz, del sosiego, de la serenidad absoluta.

Durante unos segundos la espía americana estuvo observando a aquel hombre oriental, de cuerpo enjuto y prieto, pequeña estatura y cabeza redonda y reluciente, bronceada y tersa. Era imposible adivinar su edad; lo mismo podía tener treinta años que ciento veinte.

No muy lejos de allí, sorprendentemente, se oyó el canto de unos pájaros, que Brigitte supuso estarían en jaulas.

No se oía nada más, no se veía a nadie. El silencio era irreal.

De repente, el hombre sentado desnudo sobre la nieve abrió los ojos, grandes y oscuros, y los fijó en la espía.

—Acérquese, acérquese, agente Baby —dijo.

Brigitte apretó los labios. En este mismo instante supo que desde algún escondrijo, más de una persona la estaban apuntando con armas que podían acabar con su vida en un segundo.

—Espero no haberme equivocado —habló de nuevo el hombre, en su impecable inglés—… ¿No es usted la agente Baby, de la CIA?

—¿Y usted quién es? —preguntó secamente Brigitte.

—Puede llamarme Yogui, simplemente. No tema, la nieve no la lastimará demasiado. Ya ve: yo estoy sentado sobre ella, y lo único que ocurre es que la fundo con la mente.

—Querrá decir con el calor de su cuerpo.

—Por supuesto que no. Si se tratara de intentarlo de ese modo sería mi cuerpo el que quedaría helado, no la nieve fundida. Un simple cuerpo humano no puede fundir la nieve. Pero mi mente sí puede hacerlo… Acérquese para comprobarlo.

Brigitte se quitó los zapatos, abandonó el sendero, y caminó sobre la nieve hacia el sujeto llamado Yogui, frente al cual se detuvo, a menos de tres metros. Quizá tuviese sesenta años, y su piel y sus rasgos eran asiáticos, desde luego. A su alrededor la nieve se estaba fundiendo, dejando al descubierto el verdor tierno de la hierba.

—Si cree que puede hacer lo mismo que yo, inténtelo —dijo él —. Ya sé que es usted una persona extraordinaria, pero no creo que lo sea tanto.

—¿Y usted sí es extraordinario al máximo?

—No diría tanto, pero sí más que usted. ¿No quiere sentarse?

—Estoy bien de pie.

Yogui rió suavemente. No había engaño en lo que ocurría: la nieve seguía derritiéndose alrededor de su desnudo cuerpo. Y Brigitte sabía que ella no podría conseguir semejante cosa; si se sentara desnuda sobre la nieve sería ella quien se helaría, no la nieve la que se derretiría. Así pues, realmente, se hallaba ante un ser… en verdad poco corriente, dotado, cuando menos, de recursos insólitos y, sin duda alguna, de un gran poder y control mental.

—El ser humano puede hacerlo todo, conseguirlo todo —dijo Yogui—. Y cuando no lo consigue no es que sea imposible conseguirlo, sino que ese ser humano está… deteriorado, menoscabado, degradado. ¿Me comprende usted?

—Desde luego.

—Podemos incluso volar. Pero usted ni siquiera debe intentarlo, y en cuanto a mí todavía no he alcanzado el suficiente grado de superación para ello. Espero conseguirlo dentro de quince o veinte años. Mientras tanto, voy perfeccionando pequeños poderes que son naturales en el ser humano, pero sin los cuales nacemos debido a la degeneración de nuestros inmediatos antepasados, que hemos

heredado. Es… como un espejo cubierto de suciedad. El espejo puede reflejarlo todo, pero no lo hará hasta que le limpien la suciedad; entonces será espejo de verdad, y podrá cumplir sus naturales funciones. Lo mismo pasa con el ser humano: hemos permitido que una capa de suciedad se pose sobre nuestra mente y nuestras facultades, de modo que no somos actualmente como en realidad somos. ¿De verdad me comprende usted?

—Ya le he dicho que sí. Pero no he venido aquí a conversar sobre filosofías, fantasías ni utopías.

—Ya lo sé. Usted ha venido por el asunto de la Ciudad del Vaticano.

—Debo admitir que cuando menos es usted muy inteligente.

—Nada de eso. Quiero decir que no hay que ser especialmente inteligente para comprender según qué cosas. Supe que a dos cretinos los habían seguido, que había entre sus seguidores una mujer, y que habíamos perdido un helicóptero. Luego, envío a Razih a Berna en busca de los dos cretinos, y regresa diciendo que el coche está pero los dos cretinos no. Al poco, aparece ante mí una hermosa mujer, a todas luces americana, y sin duda procedente de Berna y antes de Roma y Lido di Ostia… La conclusión no puede ser más fácil, habida cuenta de que una mujer corriente no haría eso, y no se habría involucrado de modo tan… directo, rápido y eficaz en un asunto de esta envergadura. Por curiosidad: ¿cómo lo consiguió?

—Por casualidad. Me hallaba en el aeropuerto cuando el avión fue secuestrado. Pura y simple casualidad.

—Me permito dudar que nada en su vida ocurra por casualidad. Más bien cabría decir que fue una casualidad que mis hombres secuestraran el avión precisamente el día en que usted pasaba por Fiumicino. En las vidas de las personas corrientes jamás interviene de modo tan decisivo la casualidad; son personas con un… hado o un destino especial, pero no están sometidas a las vulgares casualidades de la gente vulgar y de los acontecimientos vulgares…

—Escuche, yo no he venido aquí a perder el tiempo. Quiero que dé usted a quien corresponda las órdenes necesarias para que los secuestradores abandonen el avión y para que sus… soldados abandonen el Vaticano; sin causar daño a nadie en ambos casos, se entiende.

—Sí, se entiende. Pero… ¿qué ocurrirá si me niego a

complacerla?

—Ocurrirá —replicó Brigitte, sacando su pistolita y apuntando al pecho al hombre— que le meteré una bala en su podrido corazón.

—No sea absurda. Mi muerte no le solucionaría nada a usted ni a nadie. Y por otra parte, está usted rodeada por personal a mis órdenes.

—Y su chalé está rodeado por una buena cantidad de agentes de la CIA, de modo que de ninguna manera podrá usted escapar, tanto si yo muero como si permanezco viva. Hagamos un trato: dé usted esas órdenes, y luego nos dedicamos a filosofar todo cuanto quiera. Al fin y al cabo sus hombres ya deben de haber vaciado de tesoros el Vaticano. Que se marchen, que evacuen la posición.

—Olof sabe cuándo debe marcharse, para trasladarse al barco que le llevará, junto con tantísima riqueza, a su escondrijo.

—No me trate como a una tonta: ese barco no existe. Sus hombres están arrojando los tesoros al mar, sin duda dentro del límite de veinte millas de la costa, en una profundidad no superior a los treinta metros, donde, más adelante, con tranquilidad, podrán recuperarlo todo y entonces sí, cargarlo en un barco que lo llevará a lugar seguro. Pero ahora no hay tal barco, pues usted sabe que sería imposible que no fuese detectado, seguido, localizado, y, en su momento, asaltado y recuperado los tesoros. De modo que no hay tal barco. Sencillamente, cuando todos los tesoros estén en el fondo del mar Olof abandonará el Vaticano con sus hombres y se esfumarán, que eso sí es más factible.

—¿Conoce usted a Olof?

—Tuve ese disgusto.

—Lo cual confirma mi teoría respecto a la monja que le visitó de modo tan… innecesario. ¿Era usted?

—Si usted no se dispone ahora mismo a dar las órdenes que le he indicado, dese por muerto — susurró Brigitte, haciendo un gesto con la pistola.

—¿Asesinaría usted a sangre fría a un pobre hindú?

—Usted no es hindú.

—¿No? —Se pasmó Yogui—. ¿Pues qué soy?

—Es chino.

—No diga tonterías.

—Conozco muy bien a los chinos. Usted es chino, y sin la menor duda trabaja para el Lien Lo Pou. De donde se desprende que toda esta maniobra contra el Vaticano tiene un trasfondo mucho más interesante que el robo de los tesoros de esa ciudad. ¿O ahora se dedica el Lien Lo Pou al vulgar saqueo?

—Usted está desvariando.

—Y usted tiene cinco segundos para comenzar a moverse a fin de obedecer mis indicaciones. Después de esos cinco segundos, estará muerto.

—Y usted también. Vamos, sea consecuente, no se deje ofuscar por el hecho de que otras personas a las que ni siquiera conoce estén en peligro. Son sólo componentes de la gran masa humana, siempre quedarán demasiados…

—… y cinco —dijo Brigitte, cantando en voz alta el final da la cuenta. Plof, disparó su pistolita.

La bala impactó en el pecho del hombre, justo sobre el corazón, y se hundió en éste. El hombre suspiró, cayendo hacia atrás, y quedó tendido sobre la nieve, con los ojos abiertos y fijos en el nebuloso cielo gris…, mientras Brigitte saltaba hacia un lado y echaba a correr hacia la casa.

En el lugar donde había estado se hundieron varias balas, alzando bellos surtidores de refulgente nieve. No se oyeron los disparos, pero Brigitte sabía, naturalmente, que le estaban disparando desde la casa. Y por eso corría hacia ella, sorprendiendo no poco a sus atacantes, que debían de estar sometidos a la lógica de que una persona tiroteada intentaría escapar hacia la protección de los cercanos abetos.

Pero la lógica no sirve para conservar la vida, y sí resulta útil, en cambio, la sorpresa y la decisión. Y Brigitte con su decisión, causó tal sorpresa en los hombres de Yogui que cuando llegó a la parte posterior de la casa ellos todavía no habían conseguido reaccionar.

La espía persistió en su decidida actitud. Rompió con la pistola los cristales de una ventana, entró en la casa por la cocina, y salió de ésta a toda prisa.

Apenas había llegado a la puerta, de una habitación contigua salió un hombre, pistola en mano, desorbitados los ojos.

Plof, disparó Brigitte.

El hombre, hindú a todas luces, recibió el balazo en el centro de

la frente, y cayó de espaldas muerto en al acto…, mientras por detrás de él aparecía otro, corriendo, demudado el rostro, y extendiendo ya el brazo y disparando contra Brigitte…, que ya se había dejado caer de rodillas y disparaba de nuevo. Acertó al hombre en el corazón, lo derribó sentado de modo harto grotesco, y el sujeto la estuvo mirando un instante antes de desplomarse de espaldas.

Baby sabía que quedaba por lo menos otro hombre más, por la sencilla razón de que el llamado Razih, el que había estado en Berna al volante de un Mercedes, no había aparecido todavía; por esto y porque antes le habían disparado por lo menos con tres armas, una de ellas, sin la menor duda, un rifle. Es decir que, como mínimo, quedaba Razih en la casa, y armado de un rifle.

No había visto a nadie más, sin embargo, cuando apareció en el amplio vestíbulo del hermoso y bucólico chalé. Y lo hizo al mismo tiempo que oía las fuertes y precipitadas pisadas por encima de ella. Alzó la mirada y vio a Razih apareciendo en lo alto de las escaleras que desde el vestíbulo conducían al primer piso. Razih también la vio, desorbitó los ojos, se llevó el rifle a la cara…

Plof, plof, disparó la espía internacional.

Vio perfectamente cómo aparecía un diminuto orificio sobre la ceja derecha de Razih, y como el ojo bajo esta ceja reventaba en pequeño y feo surtidor sanguinolento. La cabeza de Razih fue sacudida hacia atrás, mientras el rifle provisto de mira telescópica y suplemento silenciador escapaba de sus manos y caía rebotando por las escaleras. Razih osciló, y terminó por caer también dando violentos tumbos por la escalera. Quedó casi a los pies de Brigitte, que permaneció inmóvil, atento el oído y paseando la mirada por todo el ámbito alcanzable. Nada sucedió, nada se oyó.

Brigitte aspiró hondo, sacó la pequeña radio, y la accionó:

—Vengan a la casa —ordenó—. Todo está bajo control, pero por si acaso no se descuiden.

—¿Está usted bien? —masculló Simón-Berna.

—Claro.

Cerró la radio, y en el momento en que se disponía a subir al piso destinado a dormitorios, para echar un vistazo de seguridad, oyó un ruido en alguna parte. Quedó inmóvil, a la escucha, pero el ruido no se repitió. No obstante, girando la cabeza como si su frente

fuese una pantalla de radar, la espía quedó finalmente encarada a una de las puertas de la planta baja. Tenía una agudeza auditiva tan extraordinaria que sabía que aquel ruido no había sido fruto de su imaginación, y que había brotado de allí, de aquella puerta; es decir, de detrás de aquella puerta.

Se acercó a ella y la empujó sin la menor vacilación, dejando toda la estancia sometida a su veloz inspección ocular. Se llevó un buen sobresalto al ver, frente a ella ya la izquierda junto a la ventana, la emisora, y, sentado ante ésta y volviendo velozmente la cabeza hacia ella, al hombre desnudo de mediana estatura y cetrinas carnes enjutas. Había en el rostro del hombre una crispación de rabia, de impaciencia. En el rostro de Brigitte Baby Montfort apareció el grandioso gesto de pasmo al ver perfectamente el rostro del hombre: el rostro de Yogui, el rostro del hombre que un par de minutos antes había matado afuera, sobre la nieve, de un balazo al corazón. Las mismas facciones, la cabeza rapada, los grandes ojos oscuros…

El hombre murmuró algo, y se volvió de nuevo, velozmente, hacia la emisora. Brigitte comprendió que Yogui iba a manipularla, que iba a lanzar aunque sólo fuese una llamada, algo, lo mínimo que pudiera hacer, pero que sin duda serviría de alarma para alguien, seguramente para Olof, a quien llegaría el mensaje o la señal aunque fuese por medio de estaciones intermedias…

Plof, disparó una vez más Baby.

Y disparó a lo seguro, a lo eficaz y rápido; es decir, a la cabeza del hombre. Le acertó en la base del cráneo, hubo como un estallido, y la rapada cabeza estalló de modo estremecedor. Yogui cayó sobre el panel de la emisora como un muñeco aplastado por un peso gigantesco, rebotó, y cayó de la silla y rodó por el suelo.

Cuando Simón-Berna entró en aquella habitación, la espía internacional todavía no se había movido, fija su mirada en las facciones del muerto, deformadas por el disparo que había ocasionado un tremendo trauma al reventar la cabeza de Yogui. Pero… ¿cómo podía ser esto? Si ella había matado a Yogui… ¿cómo era posible que Yogui estuviera ahora allí dentro?

—Es una emisora muy potente —dijo Simón-Berna.

Brigitte lo miró. Por detrás de Simón-Berna apareció otro agente de la CIA. Brigitte se acercó a la ventana, vio la nieve, los abetos…

Había un agente de la CIA examinando el cadáver de Yogui, tendido sobre la nieve allá fuera. Brigitte miró al Yogui tendido en la habitación, de nuevo al del exterior…

—¿Se encuentra bien? —La miraba preocupado Simón-Berna.

Ella asintió. Se oían en la casa las pisadas de los agentes norteamericanos recorriéndola en una rapidísima primera inspección. No tardó en aparecer en la puerta el agente al que Brigitte había visto examinando el cadáver de Yogui. Llevaba en una mano los zapatos de Brigitte, a la cual se acercó, sonriente, tendiéndoselos.

—He visto ahí fuera sus zapatos. No se resfríe.

—Gracias.

Tomó los zapatos. El Simón amable miró al hombre muerto en el suelo, y apareció en su rostro el asombro.

—Hay otro tipo parecido a éste ahí fuera, en la nieve —dijo.

—Ya lo sé —dijo Brigitte—. Yo lo maté. Y no es parecido: es idéntico. Casi se podría decir que es el mismo.

—¿Cómo va a ser el mismo? —masculló Simón.

Brigitte abrió la boca, la cerró, volvió a abrirla… y de nuevo la cerró.

Sabía que se hallaba ante algo nuevo, algo escalofriante, pero no podía comprenderlo todavía, y mucho menos definirlo. Pero sentía escalofríos de muerte en todo su cuerpo. Dirigió una última mirada al cadáver de Yogui, y señaló la emisora.

—Este hombre se disponía a enviar un mensaje —murmuró—, así que debemos suponer que la emisora está preparada para ello. Sólo tenemos que manejarla…, aunque, eso sí, el mensaje que vamos a enviar no se parecerá en absoluto al que habría enviado él…

* * *

Eran casi las dos de la tarde cuando el automóvil negro apareció a la vista del hombre que, desde una de las ventanillas del avión secuestrado, atisbaba a la espera.

—Ahí está —dijo en inglés—… ¡Naturalmente que los italianos le han dejado pasar!

El total de secuestradores era exactamente de siete. Dos de ellos

permanecían en la cabina de mandos, controlando al personal de vuelo y de servicios, reunidos allí. Otro, atendía la emisora de campaña por medio de la cual se habían estado comunicando con Olof, y, hacía unas tres horas, aquella misma mañana, con el enlace que los unía con Suiza, de donde emanaban las órdenes definitivas. Los restantes cuatro secuestradores se ocupaban en mantener bajo amenaza a los pasajeros del avión, que permanecían en un silencio tenso y angustioso, más debido al calor que a la situación, a la que se habían adaptado lo máximo posible. Pero los sistemas de refrigeración del aparato se mantenían inactivos, y el calor era terrible allá dentro. Los menos afectados eran los secuestradores, todos ellos vestidos con ligeras ropas de colores claros, la mayoría blanco, y todos ellos, evidentemente, de raza hindú.

Como hindú parecía el recién llegado a las pistas en negro automóvil, del cual acababa de apearse frente al avión. Su rapada cabeza relució al sol, que se reflejó también en su blanca túnica, en su morena piel… Junto al secuestrador que había avisado de su llegada se colocó otro, que también contempló al de la rapada cabeza.

—Muy importante ha de ser para que venga él —murmuró.

—Ve a abrir la portezuela.

El recién llegado caminaba hada el avión, posando sus descalzos pies sobre la ardiente pista. Lucía un sol espléndido en Fiumicino, que justificaba sobradamente que dentro del avión la mayoría de sus ocupantes estuviese sudando.

La portezuela del avión fue abierta, y el recién llegado, que había ascendido ya la gran escalerilla, estaba esperando para entrar. El hombre que había abierto se apartó, mirando con curiosidad al recién llegado. Apareció en su rostro un gesto de sorpresa, de desconcierto. Por detrás del recién llegado, otro de los secuestradores empujó la portezuela, cerrándola y hablando en un dialecto de la India.

El que estaba contemplando desconcertado al recién llegado desorbitó los ojos de pronto, abrió la boca…

En la mano derecha del recién llegado apareció la pistolita, que disparó a quemarropa contra el hombre, metiéndole la bala en el centro de la frente derribándolo de espaldas. Su acción fue tan rápida, y sobre todo tan inesperada que casi nadie tuvo tiempo de

reaccionar en modo alguno; sólo el que estaba sentado ante la radio de campaña respingó, se puso en pie de un salto…

Plof, plof, disparó de nuevo el recién llegado.

El hindú volvió a quedar sentado, pero en fea e Insólita postura, como tronchado. En ese mismo instante comenzó a producirse una reacción que no llegó a cuajar: ni los pasajeros pudieron empezar a gritar ni los restantes secuestradores a disparar, pues el recién llegado, soltando la pistola, se llevó la mano derecha a la boca, mientras con la izquierda lanzaba con fuerza contra una ventana unas cuantas pequeñas esferas de cristal que se rompieron, liberando el gas que contenía de efectos narcóticos fulminantes. Todavía se oyó algún suspiro, el inicio de un grito, extraños ronquidos, y la caída de algunos cuerpos al piso del avión.

Siempre manteniendo ante su boca la mano derecha, que ahora sostenía la mascarilla antigás de emergencia, el recién llegado alcanzó el pasillo y caminó por él hacia la proa del avión, sin mirar a nadie, como si junto a él no hubiese más de setenta personas dormidas y dos muertas… Llegó ante la puerta de la cabina de mandos, la abrió un instante y apenas diez centímetros, y lanzó al interior las dos últimas ampollas de cristal que había retenido en la mano izquierda. Esperó tres segundos, abrió de nuevo, ahora completamente, y contempló la escena de durmientes fulminados por el gas especial de la CIA, cuyos efectos mínimos durarían dos horas.

Sin molestarse en cerrar la puerta de la cabina, el Intruso regresó hacia la puerta de salida del avión, ante la cual permaneció quizá veinte segundos después de abrirla unos centímetros. Se retiró entonces la mascarilla de la cara, arrojándola a un lado, y, tranquilamente, salió del avión, cerrando la portezuela sólo hasta ajustarla. Bajó la escalerilla, caminó hasta el coche, y se metió dentro, en el asiento de atrás. El hombre que había al volante, vestido con traje claro y con el rostro tan bronceado que sólo podía ser teñido, se volvió, y jadeó:

—¿Lo ha conseguido?

—Sí.

—Dios bendito…

—Salgamos de aquí.

Simón-Berna puso el coche en marcha, y se dirigió hacia la parte

del estacionamiento, a la que accedió pronto. Soldados, carabineros y policías contemplaban hoscamente el coche respecto al cual habían recibido la severísima orden de que debían dejarlo circular por donde quisiera y como quisiera sin obstaculizarlo en ningún sentido.

Ya fuera del aeropuerto, el coche se detuvo cerca de donde esperaban otros cuatro. De uno da éstos se apeó rápidamente Mario Lipari, que corrió hacia el automóvil negro y se metió dentro como lanzándose a una piscina. Ante él, quitándose el casco que le había conferido a su cabeza la apariencia de afeitada, Brigitte le miró con una maliciosa mueca de diversión.

—¿Lo ha hecho? —Casi gritó Lipari—. ¿Los ha dominado?

—Sí.

—¿Los pasajeros están bien? ¿No ha muerto nadie?

—Sólo dos de los secuestradores. Tranquilícese, Mario, todo ha salido como planeamos…

—¡Como planeó usted! —aulló el hombre del SID—. ¡Santísima Madonna, no podré explicar nunca esto a la prensa, ni yo mismo me lo creo…!

—Ya pensaremos algo que decirle a la prensa —rió Brigitte, retirando más maquillaje de su cara y cabeza—… Lo importante es que todos los pasajeros están a salvo y descansando. Mario, no olvide esto: todo el mundo debe seguir creyendo, por lo menos durante hora y media más, que la situación no ha cambiado. Es cruel, pero de resultados menos terribles que si Olof se entera de que algo no le está funcionando bien. ¿De acuerdo?

—Sí… Sí, sí.

—Bien. De modo que los helicópteros todavía están haciendo viajes.

—Sí… Y no lo comprendo, ya deberían haber terminado… ¡O eso, o en el Vaticano había una cantidad de riquezas que ni el más… fantástico desquiciado habría podido imaginar!

—Digamos que son las dos cosas: que hay algo que usted no comprende todavía…, y que, en efecto, en el Vaticano había una cantidad de riquezas enorme. No será fácil sacarlas del fondo del mar, pero imagino que la Marina Italiana podrá encargarse de eso en su momento. Ahora vamos a lo que interesa: ¿están preparados los aviones de la Fuerza Aérea?

—Desde luego.

—Pues proceda a dar las órdenes. Mientras tanto — la espía más implacable del mundo suspiró fuertemente—, yo seguiré sin ser yo, y Sor Magdalena le hará otra visita a Olof en la Ciudad del Vaticano.

Capítulo VII

Tal vez eran las tres y media de la tarde cuando Sor Magdalena, autorizada por Olof, llegó de nuevo a los jardines del Vaticano, en helicóptero. Fue recogida en un automóvil, y, como la vez anterior y por el mismo recorrido, conducida a presencia del gigantesco sueco albino, que, sentado tras la artística mesa del secretario de Estado, se quedó mirándola con expresión harto reveladora de que algo no le causaba satisfacción.

—De manera que ha venido usted sola —murmuró.

—Ya ve que sí. Y quiero volver a ver al Papa… vivo. Usted no ha cumplido la parte del trato desde hace más de ocho horas. En ese tiempo, nadie ha visto al Papa asomado a su ventana.

—El Papa fue visto por el pueblo italiano a las ocho de la mañana, usted tiene que saber eso.

—Pero tenía que haber sido visto de nuevo a las dos de la tarde, y no ha sido así.

—¿Le gustaría saber por qué? —entornó los párpados Olof.

—A eso he venido.

—¿Sabe? —sonrió de repente el gigante—: es usted una de las personas verdaderamente valientes que he conocido, hermana. ¿No se le ha ocurrido pensar que yo puedo estar muy enfadado y hacérselo pagar a usted?

—¿Por qué ha de estar enfadado? —se sorprendió Sor Magdalena—. Por nuestra parte hemos estado cumpliendo el trato, ¿no es cierto?

—¿De veras? —Volvió a sonreír Olof, mostrando sus podridos diente.

—Debería cuidarse esos dientes —sugirió la monja. Y no sé a qué viene su reticencia. Sobradamente sabe que no hemos hecho nada que pueda enojarle a usted.

—Quisiera estar completamente seguro de eso, hermana, pero…

la verdad es que estoy muy preocupado, pues suceden cosas inexplicables. Aunque quizá no sean tan inexplicables para usted o quienes la envían como… doctora en Medicina.

—¿Qué es lo que le preocupa a usted?

—Me preocupa el hecho de que he perdido contacto con unas personas de las que depende en buena parte la operación.

—¿Qué clase de contacto? ¿Debían venir aquí a verle usted y no han venido?

—No. Me refiero a contacto por radio. No consigo que reciban mis llamadas.

—Ah… Bueno, tengo entendido que esas cosas pasan, ¿no? Parece que los aparatos estén esperando a que los necesitemos de verdad y con urgencia para dejar de funcionar entonces.

—Usted tiene respuesta para todo, según parece.

—Todo el mundo sabe que las monjas tenemos mucha labia —sonrió Sor Magdalena.

—Ya. Bueno, voy a ser sincero con usted, hermana: si dentro de una hora no he conseguido reanudar mis contactos por radio le cortaré la cabeza al Papa y se la enviaré a ustedes por medio de uno de mis helicópteros —el gesto de Olof se tornó súbitamente duro y cruel—… ¿Me ha comprendido?

—Dios bendito… ¡Usted está loco!

—No. Lo que ocurre es que si no consigo ese contacto con mis amigos pensaré que algo no está saliendo conforme a mis deseos y a nuestros planes en general, y eso sería señal indudable de que por parte de ustedes ha habido alguna clase de jugada que yo no he podido controlar, pero que puede perjudicarme mucho. Me importa una leche que usted lo entienda o no, pero tengo la certeza de que sí me entiende, y de que será muy capaz de pasar mi mensaje a las personas que la han enviado. ¿Estamos entendidos?

—Sí señor —murmuró Sor Magdalena—. Pero yo quisiera que usted me concediese lo que considero casi un favor personal: permítame comprobar que el Papa continúa con vida.

—Se lo voy a permitir —asintió Olof—, pero no por hacerle a usted un favor, sino porque quiero que cuando regrese con sus amigos les diga que el sujeto ese sigue con vida… por el momento, pero dentro de una hora ya no estará vivo si mi situación no se aclara. Venga conmigo.

Como la vez anterior, Olof se dirigió al fondo del despacho, tiró del cordón morado con borla al extremo, y se abrió el trozo de la gran librería que permitía el acceso al pasadizo secreto, forrado de moqueta morada. Olof cerró la puerta secreta cuando Sor Magdalena hubo entrado tras él, y las luces indirectas se encendieron. Comenzaron a caminar, Olof por delante de la monja. Pero esta vez las cosas fueron diferentes. Ni siquiera debían de haber recorrido la mitad del pasadizo cuando la monja se acercó a Olof por la espalda, y de un hábil tirón le quitó la pistola que el gigante portaba en la funda sobre su cadera derecha.

Olof se volvió vivamente hacia ella, y se quedó mirándola parpadeando ferozmente. Miró luego la pistola en la mano aristocrática de Sor Magdalena, y de nuevo los ojos de ésta.

—Maldita perra —jadeó—… ¡Estaba seguro de que eres una pieza muy importante de vuestro juego! Tú tienes de monja lo mismo que yo de cardenal, so cerda.

—De acuerdo —sonrió Sor Magdalena—, pero tampoco hay que perder la compostura, Olof. Cuando se juega ya se sabe que uno puede ganar o puede perder. No siempre se gana.

—Puerca. Cerda. Perra. Puta.

—Tampoco esperaba que fueses una persona encantadora, ésa es la verdad —suspiró comprensivamente la monja—. Pero la cuestión no está ahora en hablar de buenos modales, sino en solucionar tu problema. Estoy dispuesta a llegar a un acuerdo contigo.

—No haré ningún trato con una perra como tú. Ni siquiera tengo necesidad de hacerlo, porque sigo teniendo todos los triunfos.

—No —negó con un gesto la monja—. Ya no tienes ningún triunfo. Al menos, de los que tú piensas. Puedes creerlo o no, pero en estos momentos soy yo quien tiene todos los triunfos. Estuve en Suiza, concretamente en el chalé de Riggisberg, después de matar a Oscar y Peter en la casa de la Harrengasse de Berna. En el chalé, encontré a Razih, a tres hombres más, y a Yogui… Es decir, Incomprensiblemente, encontré a dos Yogui, pero da lo mismo, porque los dos están muertos. Todos están muertos, Olof. En cuanto al avión, ya ha sido rescatado, aunque por el momento el mundo entero sigue creyendo que está en la misma situación de secuestro. Y no pienses en la posibilidad de escapar por medio de alguno de los helicópteros, pues las fuerzas aéreas italianas los han

interceptado y los han hecho aterrizar o derribado a los que se han negado a hacerlo. En estos momentos has perdido por completo el control de la situación, y tú y tus hombres os encontráis a pie y acorralados en Ciudad del Vaticano. Por mucho daño que hagáis, lo cierto es que jamás conseguiréis escapar… si no llegas a un acuerdo conmigo.

—Ya sé: quieres que te diga el nombre del barco que se ha marchado con los tesoros del Vaticano y hacia dónde se dirige.

—Si me tratas como a una cretina será peor paro ti —dijo fríamente Sor Magdalena—. Esa parte también la tenemos resuelta: tus helicópteros han arrojado los tesoros del Vaticano al mar, pero como comprenderás los pilotos que han sido capturados dirán exactamente dónde los han arrojado, y recuperarlo será sólo cuestión de tiempo. En un par de semanas como máximo todos los tesoros del Vaticano habrán regresado a sus lugares.

—O sea —rechinó, sus podridos dientes Olof—, que has conseguido todo lo que querías.

—Prácticamente.

—Entonces… ¿qué clase de acuerdo necesitas hacer conmigo?

—Dime quién es Yogui.

—Un hombre al que tú has matado, ¿no?

—Puestas así las cosas, digamos que he matado a dos Yogui. Pero hay algo que me tiene… desasosegada. Yo soy, por encima de todo, una persona intuitiva. Durante muchos años he tenido ocasión de darme cuenta de que mis conocimientos trascienden de lo normal, van más allá de las cosas que, simplemente, pueden aprenderse. Hay cosas que yo sé sin necesidad de aprenderlas de un modo concreto. Y una de esas cosas es que este asunto de la Ciudad del Vaticano va más allá de lo que parece y ha parecido en todo momento. Éste es mi trato: tu información por tu vida.

—No te pases de lista, monja. Puedes prometer mucho y luego no concederme nada. Y a todo esto, maldita seas, ¿quién demonios eres tú?

—Baby, de la CIA. Y te lo digo porque sé que de un modo más o menos directo tú estás tomando parte en una acción de espionaje bajo la dirección de Yogui, que es un agente del Lien Lo Pou chino. Al principio no podía comprenderlo, porque tú no eres, ni mucho menos, un espía, sino un aventurero más o menos interesante. Pero

terminé por llegar a una conclusión lógica: sencillamente, tú y Yogui os aliasteis para conseguir dos objetivos, uno cada uno.

—¿Cuáles objetivos?

—Por tu parte, y utilizando a tus hombres, hacerte con todos los tesoros del Vaticano, lo que dentro de un tiempo, cuando los recuperases del fondo del mar, te convertirían en el hombre más rico del planeta. ¿*Okay*?

—*Okay* —sonrió Olof—. ¿Y por parte de Yogui?

—Ésa es mi pregunta. ¿Qué gana él? Es algo que está aquí, en el Vaticano, pero… ¿qué?

—Una monja tan lista como tú debería adivinarlo.

—¿Los secretos del Vaticano? —susurró Sor Magdalena.

—¿Qué? —jadeó Olof.

—De modo que, efectivamente, es eso —exclamó la espía—… ¡Los secretos del Vaticano! Mientras parte de tus hombres se han estado dedicando a transportar abiertamente, e incluso espectacularmente, los tesoros, otros hombres, especializados, se han estado dedicando a microfotografiar todos los documentos secretos del Vaticano, acuerdos políticos, económicos, religiosos, sociales… Toda la documentación de toda clase de relaciones entre el Vaticano y la Casa Blanca, entre el Vaticano y Moscú, entre el Vaticano y los gobiernos de muchos países de la Tierra. Es decir, que seguramente en estos momentos eres el hombre que tiene a su disposición la mayor cantidad de secretos del mundo. Secretos de todas clases, que asombrarían a la Humanidad entera… Y claro está, esos secretos no te interesan a ti, que te basta con la simple y vulgar riqueza económica… Esos secretos le interesan al Lien Lo Pou, que con ellos dispondría de un arma escalofriante de presión y chantaje contra todos los países de la Tierra, empezando por Estados Unidos y terminando por el mismísimo Estado Vaticano. ¿Es eso, Olof?

—Lo has adivinado con toda exactitud —asintió el gigante.

—¿Dónde están esos microfilmes? —exclamó Sor Magdalena—. ¿Todavía están en el Vaticano?

—Claro que no —mostró de nuevo sus podridos dientes Olof—. Tuve la buena idea de ir enviándolos fuera de aquí a medida que los iba consiguiendo.

Todavía queda mucho por microfotografiar, pero con lo que ya

tengo fuera del Vaticano es más que suficiente para cumplir mi trato con el Lien Lo Pou.

—No podrás cumplir nada si yo te mato ahora mismo.

—Sí, ya he comprendido eso —gruñó el sueco—. Pero tú me has ofrecido un trato, y yo lo he cumplido, te he facilitado la información que querías, o cuando menos, he corroborado tus sospechas. Ahora debes dejarme marchar con vida.

—Voy a hacer algo mejor —ofreció la monja—… Si no aceptas lo que voy a proponerte es que estás loco, Olof.

—Te escucho.

—Puedo ordenar, por radio de bolsillo, que dispongan el tren del Vaticano para vosotros. Tú darás orden a todos tus hombres de que, sin causar el menor daño, se reúnan en la estación, tomen el tren, y abandonen el Vaticano. Nadie les molestará, y dispondrán de veinticuatro horas para abandonar Italia. En cuanto a ti, yo te sacaré de aquí, personalmente, en un helicóptero, y te daré un cheque por valor de cinco millones de dólares si me dices adónde has enviado esa información microfilmada del Vaticano y me llevas allá para recuperarla artes de que llegue Yogui para apoderarse de ella.

—Pero… ¿no has dicho que has matado a Yogui?

—Olof, no quiero perder ni un solo segundo más. Tú sabes de qué estoy hablando. ¿Aceptas mi trato o no?

—Eres muy lista —susurró el gigante—… Sí, en verdad eres endemoniadamente lista, monja. Simulas hacerme un favor a mí y a mis hombres facilitándoles a ellos la fuga, cuando en realidad a quienes haces el gran favor es a las personas que están retenidas como rehenes en el Vaticano, que quedarán libres y fuera de todo peligro cuando mis hombres abandonen este Estado. A enemigo que huye, puente de plata, ¿no es cierto? Sencillamente, resuelves la situación sin que nadie salga perjudicado, nos vences por el simple procedimiento de hacernos salir del Vaticano.

—Bueno —sonrió Sor Magdalena—, digamos que todos salimos ganando un poco. Por poco que pienses comprenderás que mi trato es excelente.

—¿Y si no acepto? Aunque tú me matases a mí, mis hombres te matarían a ti, y luego harían una auténtica escabechina en el Vaticano.

—Sí, lo supongo, pero… ¿qué podría importarnos eso a ti y a mí, que ya estaríamos muertos? Olof, ¿no es mejor mi trato que tu reacción brutal en ese sentido? Si lo aceptas, vivirás. Si no lo aceptas, moriremos tú y yo, pero entonces… ¿qué valor tendrá el mundo para ti y para mí?

—Maldita seas… ¡Maldita seas!

—No seas absurdo. Sólo tienes que regresar al despacho, dar las órdenes para que tus hombres desalojen el Vaticano en el tren que yo ordenaré que les preparen, y luego, en helicóptero, tú y yo nos vamos de aquí a recoger esos microfilmes. Cuando nos separemos, yo tendré los microfilmes y tú cinco millones de dólares. ¿Qué más puedes pedir?

—Si acepto, no quiero que venga con nosotros ninguno de los asesinos de la CIA, quiero que vayamos tú y yo solos.

—De acuerdo. Pero tú pilotarás el aparato, y yo seguiré siendo quien controle la situación pistola en mano. ¿Aceptas?

—Acepto.

—Volvamos al despacho…, pero después de asegurarme de que Su Santidad y sus acompañantes continúan con vida.

Continuaron pasadizo adelante, hasta llegar al lugar desde el cual podía verse la estancia en la que la vez anterior Baby había visto a Juan Pablo II recluido en una sala con varios cardenales. Lo volvió a ver, sin duda alguna, sin trampa de ninguna clase. Nada había cambiado allí, en aquel aposento que parecía un nido de serenidad y sosiego. La propia Sor Magdalena corrió la cortinilla, y emprendió el regreso, caminando detrás de Olof, que, sabiendo que la monja no podía verle, sonreía siniestramente. Aquella monja era muy lista, pero estaba cometiendo un error… Un grandísimo error del que, cuando viniera a darse cuenta, ya no podría salir… con vida.

* * *

A partir de las cinco de la tarde, y mientras el mundo se enteraba, pasmado, de que el tremendo y al parecer insoluble conflicto de la Ciudad del Vaticano se solucionaba en todos sus puntos, un helicóptero que había despegado de los jardines de la Ciudad del Vaticano volaba solo y velozmente hacia el noroeste.

Un vuelo que no fue en absoluto prolongado. En menos de media hora, Olof, que pilotaba el aparato, se hallaba a la vista de las aguas que refulgían al sol de la tarde.

—El lago Bracciono —señaló—. Al otro lado, cerca de la pequeña localidad de Trevignano, hay una granja solitaria. Ahí es donde uno de mis hombres ha ido depositando los microfilmes que a usted le interesan.

—A mí no me interesan esos microfilmes —corrigió Sor Magdalena—… A mí, lo que me interesa, es que esos microfilmes no lleguen a poder del Lien Lo Pou.

—Comprendo. Se los llevarás a la CIA.

—No comprendes nada. Esos microfilmes serán destruidos. Y ojalá pudiera destruir también los documentos de donde han sido tomados.

Olof movió la cabeza con un gesto que expresaba bien claramente su incredulidad, pero no replicó.

El vuelo sobre las aguas del Bracciono fue bello y breve, apenas cuatro minutos. El sol parecía de oro al rojo cuando el helicóptero describió una vuelta por encima de una granja de apariencia solitaria y luego inició el descenso sobre la pequeña explanada frente a la entrada principal de la casa. No se veía una sola persona, ni vehículo alguno, salvo un par de viejas bicicletas arrimadas a una pared. Unas higueras mostraban el verdor de sus pámpanos y sus diminutos frutos que en agosto o septiembre podrían ser comidos, cuando menos por los pájaros. Olof paró las aspas, miró a la monja, y luego hacia el cielo. Parecía atónito.

—¿Qué te ocurre? —se interesó Brigitte.

—¿Debo creer que realmente tus amigos de la CIA no nos han seguido en otro helicóptero?

—Claro que no. Estoy jugando limpio.

—Yo no —sonrió Olof, señalando su propia pistola, en mano de la espía americana—… ¿Qué crees poder conseguir con esa pistola?

—Realmente, ya nada, puesto que hemos llegado a un buen… ¿De qué te ríes?

—Me río —estaba gozando en grande Olof— de lo bien que lo estoy pasando contigo. Eres valiente, eso lo admito, pero no demasiado lista. No tanto como tú misma crees, al menos. Amiguita, seas monja o seas espía, seas perra o seas cerda, yo sabía

que algo estaba funcionando mal, y cuando permití que volvieras al Vaticano para recibirte ya tenía hechas todas mis previsiones. Una de ellas, era que tú creyeras que me tenías dominado, para hacer contigo un trato y salir de allí sano y salvo. Y ahora que he conseguido eso, dime: ¿qué tengo que hacer contigo?

Diciendo esto, Olof sacó un cuchillo que había llevado escondido sujeto a la pantorrilla, y colocó la punta en la garganta de la monja, mientras ésta apretaba en vano varías veces el gatillo de la pistola. Por fin, Sor Magdalena se quedó mirando con ojos desorbitados al aventurero, que volvió mostrarle sus podridos dientes y dijo:

—Baja. Querías conocer a Yogui, y vas a ver cumplido tu deseo.

—De modo que es cierto —susurró ella—… Él está aquí…

—Él ha estado aquí en todo momento, recibiendo los microfilmes que yo le iba enviando. Y ahora, él y yo nos iremos con este helicóptero hacia un lugar donde nos recogerán y nos pondrán a salvo definitivamente.

—Pero si Yogui está y ha estado aquí todo al tiempo… ¿quiénes eran los dos hombres que maté en Suiza?

—Eran Yogui —se echó a reír enigmáticamente Olof—… ¡Eran él, no te quepa la menor duda, eran Yogui! Venga, baja de una vez.

De un manotazo, Olof le arrebató la pistola a la monja, y la empujó hacia la portezuela. Ella saltó ágilmente, él lo hizo por su lado, y señaló hacia la casa. Se encaminaron hacia allá en silencio, y Olof empujó la puerta al llegar. Cedió el pase a Sor Magdalena, y caminó tras ella, dándole suaves empujones que la condujeron a la cercana sala, en cuyo umbral se detuvo la monja.

Y allá estaba él.

Sentado en la posición del loto, con las piernas cruzadas, las manos descansando suavemente sobre las rodillas, el cuerpo y la expresión relajados. Desnudo completamente, rapada la cabeza redonda y reluciente, bronceada y tersa. Lo mismo podía tener treinta años que ciento veinte. Cuando él abrió los ojos y la miró, ella tuvo la certeza de que era el mismo hombre que ya había matado dos veces en Suiza, vio la misma personalidad en el fondo de los grandes ojos oscuros que la contemplaban apaciblemente. Las pequeñas diferencias faciales y corporales entre los tres Yogui eran insignificantes comparadas con la tremenda semejanza de sus miradas hondas y tenebrosas.

—Volvemos a vernos —susurró Yogui—, aunque sea en clima diferente y en condiciones diferentes.

—¿Quién es usted? —murmuró la espía.

—¿No me recuerda? Ya nos conocimos en Suiza, agente Baby… Soy Yogui, un aventurero hindú.

—Usted no es hindú. Es chino. Y trabaja para el Lien Lo Pou, eso ya quedó establecido. Es decir, trabajan para el Lien Lo Pou usted y los dos hombres como usted que maté en Suiza. Tiene usted ciertas características hindúes, pero es chino. Y del Lien Lo Pou. Igual que los otros dos.

—No existen «otros dos». Siempre he sido yo, sólo yo, quien se ha enfrentado a usted. Poco importa que en el camino haya dejado usted dos cadáveres de Yogui: siempre soy yo quien se enfrenta a usted.

—Eso quiere decir que usted tampoco es usted.

—Su poder de penetración es admirable. En efecto, yo no soy yo, pero usted está hablando con Yogui. Durante muchos años, he estado engañando a todo el conjunto del espionaje asiático, incluida Siberia y hasta a los mismísimos rusos. Y ahora llega usted, comprende que no soy hindú, sino chino y además se da cuenta de que yo no soy yo, sino que soy… el privilegiado cerebro capaz de utilizar diversos cuerpos, como si todos fuesen el mismo, como si todos fuesen yo mismo en mente y cuerpo.

—Pero en definitiva… ¿quién es usted y dónde está?

—Estoy en todas partes, porque mientras el cuerpo tiene limitaciones la mente no las tiene. Los cuerpos sólo sirven para ser utilizados, la mente sirve para vivir de verdad. Yo la estoy viendo a usted sin necesidad de estar aquí, la estoy viendo con estos ojos que usted está viendo, pero que no están siendo utilizados por la mente de este cuerpo, sino por mi mente, que está lejos de aquí físicamente, pero aquí en esencia y potencia. La estoy viendo viva, y ahora la voy a ver morir, porque sé perfectamente que con la agente Baby no se debe jugar demasiado tiempo. Usted ha venido aquí en busca de unos microfilmes que tengo bien escondidos, y sólo va a encontrar la muerte.

—¿Los microfilmes están aquí? No le creo. Déjeme verlos.

—Están muy bien escondidos. Y no pretenda jugar con Yogui, es perder el tiempo.

—Y jugar con Baby es perder la vida —replicó la monja—. ¿Cree que no sabía que Olof jugaría sucio? ¿Cree que estoy aquí como víctima? Pues desengáñese: le he seguido el juego a Olof para llegar hasta usted y los microfilmes, eso es todo.

—Ya ha llegado —asintió suavemente Yogui—, pero sólo para morir a manos de Olof y ante estos ojos míos.

—¿Cree que me habría metido yo misma en esta apurada situación si no tuviera la certeza de que puedo salir de ella, a mi antojo? Usted y Olof van a morir si no llegamos a un acuerdo: entrégueme esos microfilmes y los dejaré marchar a los dos.

—Jamás le entregaré los microfilmes. Y es inútil que me amenace con la muerte. ¿Todavía no ha comprendido que usted nunca podrá matarme a mí? Por muchas veces que lo haga, yo siempre volveré, siempre, siempre… Usted ya nunca podrá librarse de mí. Pero además, no va a tener ocasión de enfrentarse a mí en el futuro, pues va a morir ahora mismo. Mátala, ya, Olof.

El gigante sueco se acercó a Brigitte, echó el brazo un poco hacia atrás y a la derecha, listo para soltar el tremendo golpe que degollaría a la monja… y entonces ésta entró en acción como si fuese un mecanismo incontenible de alta precisión: alzó la pierna derecha, descargando un escalofriante puntapié entre las ingles de Olof, y éste soltó un fortísimo respingo y palideció bruscamente, mientras saltaba hacia atrás casi perdiendo el cuchillo.

La espía americana no tuvo piedad con aquel esperpento cretino que había creído tenerla dominada con un simple cuchillo. Descargó otro puntapié en los genitales de Olof, que lanzó un bramido y se encogió de nuevo, mirando con expresión desorbitada a la monja, que se acercó más a él, alzó la mano derecha, levemente curvada, y le descargó un golpe en la sien izquierda.

Olof tuvo la impresión viva y dolorosa de que dentro de su cabeza había estallado el trueno más horripilante que podía escuchar ser humano alguno. Por un instante, talmente fue como si dentro de su cabeza se produjera un relámpago cegador. De súbito, el relámpago desapareció, y llegó una espantosa oscuridad fría envuelta en un repentino silencio eterno. Muerto en el acto por el terrible *tegatana ate* recibido, el gigante albino se desplomó hacia atrás, simple carne que parecía que jamás hubiese estado viva.

La monja recogió el cuchillo del suelo, miró al inmóvil Yogui, y

le dijo, sonriendo perversamente:

—Hasta la vista, Yogui. Y ni siquiera voy a pedirte de nuevo los microfilmes: quemaré esta casa, que será tu tumba, y tus cenizas se mezclarán con los microfilmes que contienen los mayores secretos del mundo. Puedes agradecerme que te proporcione una muerte tan digna de un espía.

—Jamás se librará de mí.

—Bueno, pero tengo derecho a intentarlo, ¿no?

La espía más audaz y peligrosa del mundo lanzó con tremenda fuerza el cuchillo de Olof, que hendió el aire con seco silbido y se hundió en el pecho de Yogui. Éste acusó el brutal impacto, pero recuperó su posición de sentado en loto, y sus ojos parecieron como sendos objetivos que se abrían enormemente para absorber para siempre la imagen de Sor Magdalena.

—Vol… veré… —jadeó.

—Te estaré esperando —replicó la espía.

Cuando se alejó de allí, en el helicóptero, la granja era solamente un montón de cenizas todavía humeantes, y que eran todo lo que le quedaba al Lien Lo Pou de los secretos del Vaticano.

Este es el final

—Entonces… ¿todo está resuelto? —susurró el joven Simón.

—Afortunadamente —sonrió Brigitte Montfort.

—¿Todo, absolutamente todo?

—Todo —insistió ella—. Incluso su estado de salud. Afortunadamente está ya fuera de peligro. De modo que, simplemente, adiós, Simón.

—Me parece que este Simón no le ha sido muy útil —murmuró el joven—. Y ni siquiera pude evitar que matasen a mi jefe. No soy precisamente una maravilla como espía, ¿verdad?

—Nadie nace enseñado, y los hombres como usted, que reciben tan duros golpes al principio son los que más adelante pueden ser los mejores. Pero sobre todo, no se obsesione: cada cual es cada cual, y cada cual tiene en la vida un sitio bien definido, unas oportunidades, una suerte o una desgracia. Asuma su propia vida como se vaya desarrollando, y no quiera ser como yo ni como nadie, no quiera ser ni más ni menos que yo ni que nadie, sea simplemente usted, tal como es, y acéptese a sí mismo.

—Caray —sonrió el joven espía postrado en el lecho—… Escucharla a usted sí que es reconfortante. ¿De dónde ha sacado consejos tan sabios?

—De la vida —sonrió la divina espía—… Es de donde se obtienen las mejores enseñanzas. O por lo menos, las más útiles para vivir.

—¿Y qué me dice de los libros?

—Los libros están bien —rió la espía, inclinándose a besar al pálido agente de la CIA como despedida final—, pero nunca olvide, Simón, que los libros, a fin de cuentas, los escriben quienes viven la vida, así que todo lo que contienen pues es eso: cosas de la vida.

—Caray… Oiga, una última pregunta: ¿qué le ha dicho el Papa?

—¿A mí?

—¡Claro!

—No me ha dicho nada, puesto que no nos hemos visto todavía. Los dos hemos estado muy ocupados, él atendiendo el tremendo alboroto que se ha formado en la Ciudad del Vaticano, y yo asegurándome de que se hacía por usted todo lo que se podía hacer para que no muriese. Aunque estoy segura de que de todos modos le habrían atendido adecuadamente.

—Pero usted ha estado aquí, asegurándose de ello —murmuró Simón.

—Bueno —sonrió luminosamente Brigitte—, alguna parte se ha de estar, ¿no?

FIN

Notas

[1] Véase la aventura titulada *En este valle de lágrimas*. < <

[2] Véase la aventura titulada *La guerra inolvidable*. < <

[3] SID: Servizio de Informazione e Difensa, Servicio de Inteligencia Italiano. < <